Garcilaso de la Vega

1

DECLAR...

INTERVENCION Y ESTADÍSTICA.

H...

Porte ______________________

D. ______________________ habitante en ______
los bultos siguientes, los cuales deberán expedirse á (1) ______
calle ______________________ núm. ______ cobrándose lo...
______________________ el descargue por (6...

(1) El nombre de la Estacion de destino.—(2) En la Estacion ó á domic...
caso, indíquese el número de la misma.—(6) Por la Compañía ó por el interes...

PORTES COBRADOS.

PORTES.				Porte mas allá.	Impuesto del Tesoro.	Sello de guerra.	TOTAL.
Norte. 1	2	3	4	5	6	7	8

Hechas por la Compañía las observaciones oportunas respecto á las diversas...
por lo que se aplica (8)* ______
La Compañía, usando del derecho que la concede el artículo 123 del Reg...

______

C. ______

de ______

El Jefe ...

NOTA.—Este documento no deberá tener enmiendas...

(1)* En caso de negarse el remitente á pedir tarifa, se pondrá la palabra, NO.—En...
(2)* En caso de negarse el remitente á pedir tarifa, se pondrá la palabra, ALGUN...
(3)* Si el remitente se niega á pedir tarifa, se pondrá la que se aplique, añadiendo...
(A) Casillas que debe llenar el remitente.

GARCILASO DE LA VEGA,

drama original

EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.
1840.

PERSONAS.

La duquesa de Lérida.
Magdalena, *disfrazada de page, y con el nombre de Tello.*
María, *aldeana.*
Isabel, *criada.*
El emperador Carlos I de España.
Garcilaso de la Vega, *caballero de Alcántara.*
Don Fernando de Alarcon, *privado del César.*
El duque de Lérida.
Cristobal de Castillejo.
Don Fernando. . . . . } *Alféreces de las tropas españolas.*
Mendoza. . . . .
Don Diego. . . . .
Ticiano Vecelli, *pintor.*
Hernando. . . . } *Soldados.*
Wirmant. . . .
Un escudero.
Un page.
Celio. . . . . . . } *Criados.*
García. . . . . .
Caballeros y soldados tudescos y españoles.

La accion pasa en Bolonia por los años de 1530.

ACTO PRIMERO.

Plaza pública. A la derecha pórtico saliente que figura ser de un oratorio, alumbrado por un farol.

ESCENA PRIMERA.

GARCILASO *y* CASTILLEJO, *en trage de noche.*

Garcil. ¿Amores yo?
Castill. No hay dudarlo.
Garcil. No siento tan dulce afan.
Castill. Vuesas acciones me dan
indicios de sospecharlo;
pues diz que los ojos son
los que el alma significan.
Garcil. ¿Y qué los mios...?
Castill. Publican
amorosa inclinacion.
Siempre unos mismos colores,
tanto primor en el talle,
tanto rondar esta calle,
¿no son indicios de amores?
Garcil. Permitidme... sois injusto;
ni otra cosa probarán
mis galas, que el ser galan,
y mis colores, mi gusto.
Castill. ¿Y tan puntual asistencia
á este sagrado oratorio?
¿Si es que estais de meritorio
para ganar indulgencia?
Garcil. Cerca el pontífice está.
Castill. Gozara á fé mas honores
si las diese para amores
como á pecados las da.
Una voz dent. Socorro.

Garcil. Son tres soldados.
Castill. Y huyendo va una doncella.
Garcil. ¿Qué hay quien ofenda una bella
entre guerreros honrados...!
(*Se van, echando mano á las espadas.*)

ESCENA II.

DON FERNANDO. DON DIEGO. MENDOZA.

Diego. ¿Mas cómo á nadie se inclina
dama noble y desposada?
Fern. Dicen que se vió obligada.
Mendoza. Rumor de gente malina.
Fern. Lo que aseguraros puedo
que nunca al duque estimó
aunque con él se casó.
Un hidalgo de Toledo,
doncel de estima y valía,
gozaba ya sus favores,
y del duque los amores
terciaba en mal.
Diego. Se decia
si el llegar á consentir
en este enlace la dama,
fue por temer que á quien ama
quiera el César perseguir.
Mendoza. Resentimientos de un rey.
Fern. Ello al duque ha protegido
hasta hacerle su marido.
Mendoza. El rigor puso la ley.
Diego. ¿Y el duque no se recela?
Pues daba á temer razon
conocerla otra pasion.
Fern. Sin duda llegó la esquela (*Aparte.*)
á sus manos, y hoy acaso
los sorprenda. (*A ellos.*) Ya vereis.
Diego. ¿Y el rival?
Fern. ¿Lo callareis?
Diego. Lo ofrezco.
Mendoza. Y yo.
Fern. (*Con reserva.*) Garcilaso.
(*Entran en el oratorio.*)

ESCENA III.

MARÍA. GARCILASO.

María. ¿Estais herido?
Garcil. Serrana hermosa,
no es un motivo para afliccion,
ni hay sangre apenas.
María. Mientras respire
tendrá memoria mi corazon.
Soy estrangera aqui en Polonia:
Hernando Perez...
Garcil. Buen servidor.
Maria. Yo soy su hermana.
Garcil. Huélgome en mucho.
Maria. En Niza vivo; si hay ocasion...
Mi casa y bienes, la vida, el alma...
Garcil. Guardad el alma para el amor.
Maria. Todo os lo ofrezco.
Garcil. Serrana bella,
yo lo agradezco de corazon.
Maria. Ireis molesto.
Garcil. Dejad que os sirva.
Maria. Alli es mi albergue; tornad, señor.
Garcil. Sola, no es justo: joya tan rica
es codiciada de algun ladron.
María. ¿Cómo pagaros?
Garcil. Con un recuerdo.
Maria. ¡Si sois el angel mi guardador!

ESCENA IV.

MAGDALENA *de page.* CASTILLEJO.

Magdal. Que soy muger no ignorais.
Castill. Creed...
Magdal. Que nunca hablareis;
solo vos lo sospechais:
por si la vuestra olvidais
al fin mi pasion sabreis.
Nací de la Italia hermosa
en los amenos pensiles;

deslizábase dichosa
la edad primera amorosa
de mis años juveniles.
Mi padre no conocí,
porque en Flandes combatía;
en sus guerras le perdí,
y en breve tiempo... ¡ay de mí!
la madre por quien vivia.
Quiso mi enemiga estrella
á la par de ser tan pobre
naciese en estremo bella;
que la hermosura me sobre,
y la desdicha en tenella.
Con un hidalgo de pró
relaciones de amistad
mi padre entonces trabó,
en quien despues hallé yo
segundo padre, en verdad.
Por caballero y honrado
fió al morir mi virtud
al hijo; no se ha engañado:
mi honor quedó asegurado,
mas perdida mi quietud.
Su mente ardorosa, inquieta,
su garbo y su donosura,
sus delirios de poeta,
eran la imagen perfeta
del angel de la hermosura.
Del Tajo en la roja arena
cantando trovas de amor,
pasó mi infancia serena
siendo su Dios Magdalena,
su numen inspirador.
Al pie de turbia laguna
junto á mi bien reclinada,
en sueños de mi fortuna
mecia el amor mi cuna
de mil flores salpicada.
Miraban mis ojos tiernos
un horizonte de rosa:
los placeres siempre eternos
con la esperanza de vernos,

de ser un dia su esposa.
Ceñia yo á sus cabellos
las flores de los jardines;
el alma enlazaba entre ellos:
velaba sus sueños bellos
despues de largos festines.
De mi estado placentero
fue fugitivo el fulgor,
como sol triste de enero,
que resplandece, y ligero
vuelve á ocultar su esplendor.
Su frente miré cargada
como quien siente de enojos;
su megilla sonrosada
como de alma avergonzada;
mustios y bajos sus ojos.
Y amante que en su querida
sus ojos ya no regala,
ó tiene el alma ofendida,
ó ya la ilusion perdida
de su donosura y gala.
Mis suspiros le decian
mi tormento y mi pasion:
mis palabras le ofendian,
y sin eco se perdian
en su yerto corazon.
Ni ya sus labios se abrieron
para hechiceras sonrisas,
que mi alma florecieron,
y á mis alientos trageron
de Italia las frescas brisas.
No fue ya su Magdalena
la diosa de la mañana;
era cual mustia verbena,
yerba que crece entre arena,
y en vez de amiga, una hermana.
¡Hermana...! era un nombre frio
á quien le amaba cual yo
con inmenso desvarío:
¡nombre cruel, nombre impío
que mis entrañas rasgó!
(*Breve pausa.*)

Zelos incauta pedí,
y fue pedir mi castigo.
"No llores, me dijo, asi;
tu amante no vive en mí,
sino tu mas tierno amigo.
Del pecho un querer sincero,
de un padre la autoridad
que hasta en la tumba venero,
me hicieron tu compañero
desde mi primera edad.
¿Y esta inocente aficion
que llena tu dulce trato,
pudo turbar tu razon?"
¡Ay! ¡no me mintió el ingrato
siquiera por compasion!
Partió á la guerra: quedé
sola entre gentes estrañas,
donde desprecios hallé.
¿Con qué impaciencia esperé
terminasen sus campañas?
Llega á anunciarse la paz,
huyo de un trato cruel;
y valida del disfraz
me ha consentido con él.

Castill. Pronto se acaba el solaz:
y á otra lid...

Magdal. Le seguiré
aunque al fin del mundo fuera.

Castill. ¡Tan débil...!

Magdal. Fuerza hallaré.
Y en pensar lo que lloré
bastante valor tuviera.

Castill. Mucho amor es necesario.

(*Se oye tocar la campana del oratorio.*)

Magdal. Ya es hora de la oracion...

Castill. Hay culto en este santuario
á la Vírgen del Rosario.

Magdal. No vengo por devocion:
mas pienso que ha de asistir,
y solo por verle...

Castill. Vamos.

ESCENA V.

GARCILASO. HERNANDO.

Garcil. Fue con mi deber cumplir.
Hernan. Hasta dejar de existir
agradecidos estamos.
Aun tiene el pecho grabado
que os debe la vida en Flandes;
hoy mas, señor, me habeis dado,
pues el honor de un soldado
son atenciones mas grandes.
Garcil. ¿Qué menos pudiera hacer
que salvar una doncella
quien noble llegó á nacer?
Hernan. Justicia quereisla hacer;
mas iba mi fama en ella,
que era mi hermana.
Garcil. (*Llamando.*) ¡García!
Garcia. (*Que sale.*)
Al lejos la fuí observando;
la siguen Vela y Ferrando.
Garcil. ¡Escasa fortuna mia!
Garcia. Segun escuché pasando,
decian que fue advertido
el duque por una esquela,
de que en el Rosario ha sido
el parage convenido
para hablaros con cautela.
Despues salió la duquesa,
á quien siguen recelosos;
y juzgando que interesa,
vine á avisaros á priesa
de sus planes sospechosos.
Garcil. (*Aparte.*)
Lo mejor fuera impedir
que asista agora al Rosario.
(*A él.*) Por si pueden advertir...
tu trage me ha de servir,
que el hablarla es necesario.
Las prendas tuyas serán. (*Mudan trages.*)
Tu sombrero de faldilla,

pronto: toma mi gaban;
me cubrirá tu capilla.
Dejadme solo.

Garcia. Aqui estan.

(*Vanse Hernando y Garcia.*)

ESCENA VI.

LA DUQUESA *é* ISABEL *con mantos. Despues* UN EMBOZADO.

Garcil. No puedo desconocella,
que no hay como ella ninguna.
¿Sale mas blanca la luna?
¿Es la esperanza mas bella?

Duquesa. (*A Isabel.*)
Si no mirara en el trage...

Garcil. ¿Qué importan nubes, señora,
para que brille la aurora?

Isabel. (*Aparte á la duquesa.*)
No es el concepto de page.

Duquesa. Caballero cortesano,
permitid... que tarde es ya.

Garcil. ¿Tarde cuando el sol está...!

Isabel. Es sin duda toledano
en lo discreto. (*A la duquesa.*)

Duquesa. ¡Qué empeño!

Garcil. Dispensadme; es necesario
que no asistais al Rosario.

Duquesa. Isabel, ¿es esto un sueño?
¿Me conoceis? (*A Garcilaso.*)

Garcil. Por la diosa
que mis sombras ilumina.

Duquesa. ¡La invencion es peregrina!

Garcil. ¿No ireis?

Duquesa. La idea es graciosa.
(*El embozado los observa.*)
¿Qué he de temer?

Garcil. La opinion.

Duquesa. Vais, señor, equivocado:
mi honor está asegurado.

Garcil. Lo pierde una indiscrecion;

hay falsos murmuradores...

Duquesa. Yo de mi fama confio,
que entre el murmullo del rio
lozanas brotan las flores.

Garcil. Sí; mas sus aguas fervientes
tambien abrasan su tallo.

Duquesa. ¿Quién sois vos?

Garcil. El nombre callo.

Duquesa. Bajad el embozo.

(*Al ir á hacerlo, y observando á Wirmant, que sale por aquel lado y llega muy cerca.*)

Garcil. Hay gentes:
esperad.

Duquesa. (*A Isab.*) Sígueme, y calla...
(*Entran en el oratorio.*)

Garcil. ¡Qué veo! ¡el emperador!
Cuando hurtos quiere el amor
siempre compromisos halla.

(*Se oculta igualmente en el oratorio. Wirmant habla con el embozado.*)

ESCENA VII.

EL EMPERADOR. ALARCON. EL DUQUE.

Duque. (*Aparte á Wirmant.*)
¿Ha venido?

Wirmant. Y dentro está.
Un hombre con ella habló.

Emper. Bolonia me coronó
con grande solenidá.

Alarcon. Danzas, músicas, festines,
sortijas y mascaradas,
y cañas, fiestas preciadas
con bailes en los jardines.

Emper. Festéjanme á maravilla.

Alarcon. Justas prepara Escalona.

Duque. Aun mas el pueblo pregona
las de Astorga y su cuadrilla.

Emper. Hay bizarra ostentacion
que admirarán las edades.

Alarcon. ¡Qué bellas jocosidades!

¿Y en trages cuánta invencion!

Emper. ¡Y en las justas qué porfias!

Duque. Bien los flamencos lo hicieron.

Emper. Los españoles lucieron
con tantas bizarrerías.

Alarcon. Nadie á Garcilaso llega;
ninguno mejor justó.

Emper. Todos los premios ganó.

Duque. Lidia bien el de la Vega.

Emper. Que estais inquieto diria. (*Al duque.*)
¿Qué teneis?

Duque. Busco un deudor.

Emper. ¿Fiais á mal pagador?

Duque. En mucho el alma se fia:
y aqui no tuvo reparo,
que era él noble en calidad.

Emper. Disculpa tiene en verdad
quien fia á un noble.

Alarcon. Está claro.
¿Hay funcion en el santuario?
(*Al ver salir varios caballeros.*)

Emper. Entrar quisiera en buen hora
un momento.

Duque. Aqui se adora
á la imagen del Rosario.

Alarcon. Sois piadoso emperador.

Emper. ¿No fuera torpe en verdad
dar tiempo á la ociosidad
y negárselo al Señor?

(*Entran en el oratorio. El duque se detiene á hablar con Wirmant.*)

Wirmant. Han trocado de vestidos.

Duque. ¿Mas le podrás conocer?

Wirmant. Sin duda.

Duque. ¿Se han de atrever?

Wirmant. Tudescos son atrevidos.

Duque. Es gente de mala fé.
Aqui tienes diez doblones.
(*Le da un bolsillo.*)

Wirmant. Para tales ocasiones
en honras no reparé.

Duque. No solo alzarán el manto

de la dama recatada.

Wirmant. La empresa ya es arriesgada.

Duque. Toma; reparte otro tanto.

(*Ap.*) Le quiero asi avergonzar.
Vean bajo el ruin ropage
un tan alto personage.

(*A él.*) Tambien su embozo has de alzar
al de la Vega.

Wirmant. Señor,
eso ya es vender la vida.

Duque. Cien doblas.

Wirmant. Está vendida.

Duque. Lo verá el emperador.

(*Wirmant se coloca detras de una de las columnas del pórtico con otros dos embozados.*)

Conocerá mi razon
dando campo para el duelo,
que agora mi agravio anhelo
por pedir satisfaccion.
Ya es la duquesa mi esposa;
y aunque su ofensa es la mia,
lo que en ser vista perdia,
en ser vengada es ganosa.
Y si es cierto... se convenza
de su torpe galanteo:
que cierro el campo al deseo
con abrirle á su venganza.

(*Empieza á salir gente del orarorio.*)

ESCENA VIII.

CASTILLEJO. MAGDALENA, *y asi sucesivamente los demas.*

Magdal. Señores mios, yo os dejo.

Fern. El page, quedad con Dios.

Castill. Yo tambien parto con vos.
A Dios.

Fern. A Dios, Castillejo.

(*Salen la duquesa é Isabel.*)

Isabel. Hoy no asisto á la oracion.

Duquesa. Aunque se ocultó en lo oscuro,
que era el mismo me figuro.

Isabel. Nunca yerra el corazon.

Duque. Agora. (*Aparte á Wirmant.*)

Garcil. (*Saliendo.*) A seguirla voy.
¡Qué recelo...! ¡cómo, infames!

(*Wirmant le quiere desembozar, mientras otros han descubierto á la duquesa.*)

Duquesa. ¡Ay triste!

Garcil. Si al cielo llames
(*Acometiéndolos.*)
no te sirva.

Wirmant. Herido estoy.

(*Sale el emperador, Alarcon y otros: todos acuchillan á Garcilaso, que se defiende embozado. Las damas se retiran entre la confusion.*)

Todos. ¡Muera, muera el asesino,
muera!

Garcil. ¿Asesino se llama
al que defiende una dama?

Emper. ¡Qué valor tan peregrino!
Pocos son contra su espada.

Garcil. ¡Por defender una bella...!

Emper. Ya es diversa la querella,
y es mia, por ser honrada.

(*Tira de la espada, y se coloca junto á Garcilaso.*)
A vuestro... lado...

Alarcon. ¡Señor!
¡os esponeis! ¡Caballeros!
tened, tened los aceros,
que es el mismo emperador.
(*Todos se descubren.*)

Garcil. Aqui teneis mi cabeza. (*Arrodillándose.*)

Emper. Descúbrete.

Garcil. Emperador,
puedo ofender á mi honor
en mengua de mi nobleza.

Emper. ¿Qué causa fue la del duelo?

Garcil. De disculparla no trato;
ver atreverse al recato
de una señora en su velo.

Emper. ¿Eres tú noble?

Garcil. Sí á fé.

Emper. De tu valor satisfecho

te perdono: si tal hecho (*Aparte.*)
no premiarle sentiré.
(*Garcilaso le besa la mano, y se retira.*)

Mendoza. Señor...

Fern. ¡Y tal desacato
á los umbrales del templo!

Emper. Si viera tan ruin ejemplo,
par diez, que tambien lo mato.
Desmanes autorizais:
si á quien defiende á una dama
como á villano se infama
y nombre tan vil le dais,
¿por qué con tantos aceros
no humillásteis su insolencia?

Alarcon. Señor, señor, la prudencia...

Emper. Los que os decís caballeros,
no autoriceis un desman
que es de las damas ofensa,
que si las ven sin defensa,
bastardos se atreverán.

Alarcon. Mas la justicia...

Emper. ¿Es primero
la justicia que el honor?

Alarcon. Pero sois emperador.

Emper. Antes nací caballero.



ACTO SEGUNDO.

Salon suntuoso: cámara en el palacio pontificio. Una mesa en medio con libros y papeles: Alarcon sentado, y varios cortesanos en pie, que van acercándose á recibir sus despachos. Puerta al fondo y dos laterales.

ESCENA PRIMERA.

ALARCON. D. FERNANDO.

Alarcon. A vos el ilustre don Juan Mercader
tan noble demanda os fue concedida:
pagaros tal deuda... fue justo deber.
Milan es segura de vos defendida.
A vos su legado os nombra en la corte.

Fern. No en valde, Alarcon, el pueblo os alaba
de recto ministro.
(*Se van retirando sucesivamente.*)

Alarcon. La ley es mi norte.
En vos un valiente gana Calatrava;
su cruz os concede. A vuesa mercé
confia los pliegos de Roma y Florencia.
Alcaide en Toledo nombra á vuesarcé.
A vos en Sevilla os da su tenencia.
(*Se van todos.*)
Gravosa es la cura del hombre valido
que tiene en sus hombros el regio poder;
no agrada al que sube, y ofende al caido;
lo mas que consigue, hacerse temer.
Las grandes acciones de cuerda esperiencia
al rey las aplican, los golpes de estado;
si salen fallidos, ¡la gran penitencia
de aquellos milagros la sufre el privado!

ESCENA II.

ALARCON. GARCILASO.

Garcil. ¿Audiencia dispensais?
Alarcon. Fuera importuno
el negaros la puerta,
si hallais la entrada al corazon abierta.
Tomad asiento.
Garcil. El complaceros dudo.
Alarcon. Me obligareis que os sirva.
(*Acerca Alarcon una silla: Garcilaso lo impide cogiéndola.*)
Garcil. Si á tal llega... (*Se sientan.*)
Alarcon. Mucho quise en verdad al de la Vega,
y en vos aun gano al generoso amigo;
que aunque ya para cañas y torneos,
ó ser tercero en locos galanteos,
mi amistad no os obligo,
tambien es útil la amistad de un viejo,
sino para el solaz, para el consejo.
Garcil. Vencisme en cortesía,
y en todo avasallais.
Alarcon. Mucho en efecto
es justo á vos mostrar cortesanía,
ó parecer discreto.
Con el placer de otros,
olvidé que Alarcon puede serviros.
Garcil. Es á aquel allegado
deudo á quien tengo singular estima.
Alarcon. Aquí el despacho encontrareis firmado.
Garcil. Esta encomienda que honrará su pecho,
puede escudar su altivo pensamiento,
y hacer encuentre su mejor derecho,
que en su merecimiento,
en la bondad del César. Del de Laso,
don Pedro ilustre es descendiente: en renta,
dos villas le dan feudo, y no es escaso;
y algunos cientos de vasallos cuenta.
Su mano y su riqueza
quiere ofrecer á la beldad hermosa

de Isabel de la Cueva, que amorosa
escucha su pasion; y de su alteza
otorgamiento espera en estas bodas,
como señor primero,
y como en su servicio caballero,
que asi se estila por usanza en todas.
El que apoyeis su pretension confio,
pues tanto gozo ha de caberme en ello,
como si fuera el interes ya mio.

Alarcon. Desde agora me holgara el prometello,
que justas voluntades
deben siempre allanar dificultades.
¿Esa Isabel es dama
de nuestra emperatriz?

Garcil. Su favorita.

Alarcon. ¡Al César oigo ponderar su fama
de hermosa á maravilla!

Garcil. Asi decian,
que la obsequiaba el César.

Alarcon. No lo creo.

Garcil. Tampoco yo.

Alarcon. Sin duda que mentian.

Garcil. Aconsejarme en vuestro amor deseo;
y ya que de las guerras me despida...

Alarcon. ¿Qué decís?

Garcil. Que en oscuro apartamiento
vuelo á sumir mi abandonada vida.

Alarcon. ¡Qué estraño pensamiento!
¡Abandonar las armas! ¡qué locura!
¿con tanta juventud, con tanta gloria?

Garcil. ¡Y con tamaña y triste desventura!
Amor, y solo amor, forma mi historia:
él me arrancó de mis tranquilos prados,
de mi Toledo, de mi patria hermosa,
y del blando dormir de mis cuidados.
Él me ha impelido hácia el funesto estruendo
de guerra asoladora,
y á trocar por los pálidos claveles
de mis ricos jardines
los sangrientos laureles;
y por el dulce canto de mi aldea,
el ruidoso brindar de los festines.

Un angel del amor, aqui en mi idea,
un angel del amor, aqui en el alma,
sostuvo mi ardimiento,
y con su blanca palma
ornar quiso mi sien del vencimiento.
Y el angel me engañó, y en noche umbría
hundió su sombra hermosa;
y la palma feliz que me ofrecia,
ceñida vi sobre la sien dichosa
de otro mortal...: que no la merecia.
Ya es un vacío el porvenir lejano
para quien nunca alvergará esperanza;
el tiempo que se huyó recuerdo vano
de mentida bonanza.
Solo el tiempo que pasa y condolece,
solo el dolor que me atormenta es cierto;
y esta ilusion que en mi martirio crece
como en tierra podrida el arbol muerto.

Alarcon. Ponedla en el olvido;
breves años contais, y juveniles,
de gloria hermosa y de esperanza llenos:
una muger de menos
es una flor perdida en cien pensiles,
un eco solitario en mil cantares,
entre estrellas sin fin solo una estrella,
y es una gota en los inmensos mares.

Una voz. (*Desde adentro.*)
¡Su alteza!

Alarcon. Estraño su visita agora,
pues debe recibir dos embajadas,
y de la audiencia es hora.

La voz. (*Mas cerca y dentro.*)
¡Su alteza!

Alarcon. Hácia mi estancia se avecina.
Si esperais propondré vuestra querella,
y oir podreis lo que responde en ella.

Garcil. Por si á mi afecto su bondad se inclina
me holgara respondiese su franqueza
sin verme á mí.

La voz. (*Muy cerca.*) ¡Su alteza!

Alarcon. Bien decís: os oculte este aposento.
A su recibo voy: al cuarto pasa:

sin duda su visita es del momento,
y asi vuestra molestia será escasa.

(*Garcilaso entra en el aposento de la derecha.* — *Alarcon se adelanta á recibir al emperador.*—*Las guardias se retiran.*)

ESCENA III.

ALARCON. EL EMPERADOR.

Emper. Alarcon.
Alarcon. ¡Tanta mercé!
Solo en mi voluntad
hay sitio á tal magestad,
que el mundo es estrecho á fé.
Si hay asiento que merezca...
Emper. Siéntate.
Alarcon. Fuera ofender...
Emper. Te toca aqui obedecer;
déjame te favorezca. (*Se sientan.*)
Está cercana la audiencia,
y no estrañarás si digo
vengo á que asistas conmigo
y me asegure tu ciencia.
¿No hay demandas de ofendidos?
¿Hay pobres en mis soldados?
Alarcon. Todos estan bien pagados
y muchos agradecidos.
Tan solo una pretension,
aunque en nada se querella;
os pide, señor, en ella
concedais la permision
de cierto enlace glorioso
entre personas de aumento,
y de igual merecimiento
por su sangre y nombre honroso.
En ello me hareis mercé.
Emper. Un buen medianero lleva.
Alarcon. Doña Isabel de la Cueva...
Emper. (*Sorprendido.*)
¿Quién? ¿de la Cueva?
Alarcon. Sí á fé.

Y él es don Pedro de Laso.
Emper. ¡Un hidalguillo!
Alarcon. Nació
de Guzmanes, y heredó
la sangre de Garcilaso.
Esperan otorgamiento.
Emper. Jamas de mí le obtendrán;
que sus prendas llevarán
hombre de mas valimiento.
Por dos veces ya he escuchado
tan altiva peticion,
y juro por mi toison...
Alarcon. Señor...
Emper. Prometo de honrado,
que perderá de mi amigo
aún quien lo tome á su cuenta;
y que hará que se arrepienta
de su altivez mi castigo.
Mas este lance olvidemos.
Alarcon. ¿Os enojásteis?
Emper. Ya no;
tu calma me desarmó.
De otros asuntos hablemos.
¿En Bolonia qué se cuenta
del César?
Alarcon. Su inmensidad,
su valor y su bondad,
que tantos cetros sustenta.
Emper. ¿Se ratificó el tratado?
Alarcon. General se hizo la liga:
hasta Venecia de amiga
sus credenciales ha enviado.
Tan solo los luteranos
y la ciudad de Florencia
oponen su resistencia.
Emper. Tienen consejeros vanos.
Al fin vendrán á perderse;
no es rigor, haré justicia,
que de no, el vulgo malicia
que fue no poder hacerse.
Alarcon. Han de sentir grave mal.
Emper. Sea si al cielo le plugo;

llamaban mi cetro un yugo,
y mis brazos un dogal...
¿qué te parece?

Alarcon. Señor...

Emper. Y pudiera serlo á fé
un dogal, mas no apreté:
tengo al pueblo mucho amor.
Y fueron muy desleales
cuando á Nápoles marcharon,
pues sus tropas ocuparon
mis tierras patrimoniales.

Alarcon. Olvidallo...

Emper. Dices bien,
olvidallo y castigallo,
que es mal ejemplo al vasallo
y á los príncipes tambien.
Para mí es beneficioso
tener á quien guerrear,
que en algo debo ocupar
tanto paladin ocioso,
peligrosos sin sus guerras:
hicieron de ellas oficio;
si al cabo han de hacer perjuicio
que sea en agenas tierras:
que es herencia encomendada
la que en mi poder reside,
y si el pueblo me la pide
quiero dársela cuidada.
¿Y qué mas dicen?

Alarcon. Se admira
la grandiosa ostentacion,
el fausto y la profusion
que en vuestros grandes se mira.

Emper. Aqui para entre los dos,
no dicen mal.

Alarcon. Buen consejo.

Emper. Al contrario, yo los dejo;
de ostallo me libre Dios.
Sus trages los mas sencillos,
sus joyeles, sus alhajas,
exaustas dejan sus cajas
y ruinosos sus castillos.

Mientras un gaje costoso
se ragala á una belleza,
se arruina una fortaleza,
ó queda cegado un foso.
Bien cerca está todavía
esa época fatal,
que un castellano feudal
la ley á su rey ponia.
Ahora lo necesita
para antojos, bien es mio;
se aumenta mi poderío
y el suyo se debilita.
Ya un rey, Alarcon, es algo;
que antes, mengua juzgaria
decir que un reino tenia,
quien lo mandaba un hidalgo.

(Un page entreabre la puerta. Alarcon se levanta.)

Alarcon. ¿Quién?

Page. Esta esquela han traido.

(Alarcon se la da al emperador.)

Emper. No es asunto del momento. *(El page se va.)*
A propósito; mi intento *(A Alarcon.)*
tambien en haber venido,
es quererte consultar
del duque cierta sospecha.
Lee... de hoy mismo es la fecha.

(Le da una carta.)

Alarcon. Pero es carta sin firmar.

(Despues de haberla leido.)

¿Será posible! ¿En su casa
partidarios de Lutero...!
El duque es buen caballero.

Emper. ¡Cómo esto en mis reinos pasa!
Ahora hay aqui embajadores
de príncipes alemanes,
y sin duda esté en sus planes
de mis validos mejores...

Alarcon. ¡Señor!

Emper. La idea te inquieta;
no ignoras cuánto venero
su honradez, pero Lutero
teme se junte la Dieta

en Alemania, y quién sabe...
Yo no desprecio el aviso,
y esta noche de improviso...

Alarcon. Mirad que el empeño es grave.

Emper. Aunque tenga que escalar
del buen duque los balcones,
he de ver si hallo razones
para poder sospechar.

Alarcon. Mas se ofende...

Emper. A su señor.
Bien se dispensa el agravio.

Alarcon. Aconsejar es del sabio.

Emper. Y obrar del emperador.

Alarcon. ¿Pero solo...!

Emper. Iré contigo.

Alarcon. ¿Y si algunos...?

Emper. ¡Luteranos!
Aun cuando fuesen cristianos
no los temo, voy conmigo.

(*Ticiano abre la puerta de la izquierda.*)

Ticiano. Alarcon...

Emper. Pase adelante:
ya vuestra voz conocí.

Ticiano. ¡Como, el César! ¿vos aqui? (*Sorprendido.*)
Interrumpí de ignorante.

Emper. Yo celebro la ocasion,
que me huelgo siempre en veros.
Y si es que caben terceros
en vuestra conversacion...
y fiais del César...

Ticiano. Sí;
mas son tan leves negocios,
que hasta perdeis vuestros ocios
en ocuparlos de mí.

Alarcon. Son artísticos recreos.

Emper. Pardiez que no me perdono
que los negocios del trono
embaracen mis deseos
de recorrer las pinturas
cada dia.

Ticiano. Emperador...
Asemejais al Señor

dando ser á sus hechuras.
Emper. ¿Qué ejecutais?
Ticiano. Un retrato.
Ocupar tiempo perdido.
Emper. Eso lo escucho ofendido.
¿Teneis un príncipe ingrato?
Por decreto de Alarcon
tomad de mis tercias reales
cincuenta doblas anuales.
Alarcon. ¡César...! (*Aparte.*) ¡Qué gran corazon!
Ticiano. Escedeis al gran Trajano.
Emper. Doblado me pagarás;
si otro Plinio, cantarás
glorias del rey castellano.
Que si un angel dejo yo
á ese mundo venidero,
dirán que Carlos primero
era un Dios, pues le formó.
Basta... cuidad del decreto. (*A Alarcon.*)
El retrato quiero ver.
Ticiano. Un poco falta que hacer.
Emper. Ya ha de sobrarle el efecto.
¿Conozco el original?
Ticiano. Es de Castilla una dama:
la de Lérida se llama.
Emper. Hermosura sin igual.
¿De Lérida la duquesa?
Ticiano. Y como ha poco ha heredado,
aunque otro lo ha disputado,
un título de condesa,
agora en sus armas dudo
si dos coronas pondré.
Emper. De Monza la harás mercé. (*A Alarcon.*)
Ponedla dos en su escudo. (*Al Ticiano.*)
Pero traedlo al momento.
Ticiano. Les diré tanto favor.
(*Ticiano se retira.*)
Alarcon. ¿Qué empeño mostrais, señor,
en que todo el valimiento
y las mercedes que hagais
querais las haga Alarcon?
Emper. Que en mí fueran sin razon

y vos me las disculpais.
Aunque justicia me sobre,
á mis pueblos sacrifico
por mi Estado; y si doy, rico,
no debo pedir cual pobre.
(*Viendo venir al duque y la duquesa.*)
El duque, su esposa; alzad. (*Sin permitir que se arrodillen.*)

ESCENA IV.

DICHOS. LOS DUQUES. TICIANO.

Duque. Rendido á tantos favores...
Emper. Si á mis amigos mejores
solo la casualidad
les trae á mi compañía,
de ellos me muestro ofendido,
y al acaso agradecido.
¿Cómo estais, señora mia?
Duquesa. Gozosa de mereceros
un recuerdo.
Emper. ¡Tan galana...!
Par diez que ya tengo gana
(y no es, Ticiano, ofenderos)
de ver cómo habeis pintado
cuanta belleza es posible,
de modo que un imposible
vendria á ser el traslado.
Duquesa. Si grande el mundo os respeta,
y valiente los guerreros,
á damas y caballeros
vuestra urbanidad sujeta.
(*Ticiano descubre el retrato que uno de los pages entra cubierto con un lienzo.*)
Emper. ¡Qué perfecta semejanza...!
Alarcon. El cuadro respira ambiente.
Emper. Su blanda risa se siente
murmurando una esperanza.
Inmortal pienso que os haga,
si ya no lo fuerais vos.
Alarcon. El arte teneis de Dios.

Ticiano. De inteligentes me halaga
vuestro dictámen.

Emper. Advierto
que le falta una corona.

Duquesa. Tanto honor á mi persona,
ni aun á agradecerle acierto.

Alarcon. (*Aparte al emperador.*)
Señor, tened advertido
le sospechais de traidor.

Emper. (*Aparte á Alarcon.*)
Le he visto un hombre de honor:
traidor...., aun no lo he sabido.
Y cuanto menos le quito,
mas nombres tiene á su cuenta
para honrar: si los afrenta,
se los doy por Sambenito.

Entra un page. Estan los embajadores.

Emper. La primera vez ha sido
que su presencia he sentido
tratando de paz. Señores...
duquesa, perdon os pido
si soy tan poco galano,
que por ser buen cortesano
de caballero me olvido.

Duquesa. Al mundo os debeis, y al trono
vamos...

Duque. Sirviéndoos es justo.

Emper. (*A la duquesa.*)
¿Vos tambien? Me dais disgusto.
Molestar no me perdono.

Duque. Tanta honra nos favorece.

Emper. (*A la duquesa.*)
No habeis de pasar de aqui.
Soy vuestro.

Duque. Nosotros sí.

(*El duque, Alarcon y el Ticiano salen acompañando al emperador por la puerta del fondo. La duquesa permanece en el dintel, y al entrar se encuentra con Garcilaso.*)

Garcil. Pues la ocasion se me ofrece...
Huyamos de un nuevo empeño.
¡Ella...! Vacila mi paso...

¡Leonora...!

Duquesa. (*Da un grito.*)
¡Garcilaso...!

Garcil. ¿Cómo evitarlo?

Duquesa. ¡Es un sueño!

Garcil. ¡Mi dicha es siempre soñada!

Duquesa. ¿Qué quereis...? ¿Adónde vais...?
Van á volver...

Garcil. ¡Qué! ¿Temblais?
¡Por mí siempre acongojada!

Duquesa. Salid... por aqui... no... ¡Ay Dios!
(*Mirando por la puerta.*)
Escondeos...

Garcil. ¿Qué temeis?

Duquesa. Entrad... ¡no le conoceis...!
¡Por la Vírgen...!

Garcil. No; por vos.
(*Al esconderse se le cae un guante.*)

ESCENA V.

LA DUQUESA. EL DUQUE. *Despues* GARCILASO. EL EMPERADOR. ALARCON *y* SÉQUITO DE GUARDIAS.

Duque. ¿Qué fue ese grito?

Duquesa. No es nada.

Duque. Señora, ¿quién vino aqui?
¡Un guante...! del duelo, sí... (*Le coge.*)
Está la prenda aceptada.
(*Recorre el cuarto, abre la puerta del que ocultaba á Garcilaso, y sale este embozado.*)
¿Sin duda vos...?

Garcil. No me escondo.

Duque. ¿Quién sois?

Garcil. La mano en la espada
pide respuesta forzada;
y á tales, nunca respondo.

Duque. (*Tirando de la espada.*)
Pues... yo lo sabré si os mato.

Duquesa. (*Llamando desde fuera.*)
Teneos: ¡emperador!
¡guardias! Tened...

Garcil. (*Aparte.*) Cuida amor
(*Acercándose al cuadro.*)
como haces tuyo el retrato.
(*El duque cierra la puerta. La duquesa ha quedado fuera de la escena.*)
Al duque. ¿Cerrásteis la puerta?
Duque. Sí,
que si nos vieron retados
hasta despues de vengados
no deben vernos.
Voces fuera. Aqui.
(*Golpeando la puerta durante el diálogo.*)
Garcil. (*Aparte.*)
Buen pulso.
Duque. (*Aparte.*) ¡Tanta destreza...!
Garcil. No le ofendo...
Duque. (*Aparte.*) Se retira.
Voces fuera. Abran al César.
Garcil. Bien tira.
(*Aparte.*) Aqui está el cuadro.
(*Se retira hasta colocarse en disposicion de dar una estocada al retrato. En aquel momento el duque le hiere, y Garcilaso se descubre.*)
Voces fuera. ¡Su alteza!
Duque. ¡Qué tardo vence el valor...!
¡Descubierto estais...!
Garc. Y herido.
(*Aparte.*) Pero el triunfo conseguido.
(*La puerta cede, y entran el emperador, el duque y varios caballeros.*)
Duque. ¡Te roban tu gloria, honor!
Emper. ¡Insensatos...! ¿Qué intentais?
¿Quién al César se atrevió?
¿Quién cerró la puerta?
Garcil. y *Duque.* Yo.
Emper. ¿Mi cólera disputais?
Costará tanta altiveza...
Alarcon. Serenaos.
Emper. Quién fue digan.
Alarcon. (*Aparte al emperador.*)
Mas las súplicas obligan.
Garcil. y *Duque.* Los dos fuimos.

Alarcon. (*Aparte.*) ¡Qué entereza!

Emper. Guardad palabras honradas,
y no me obligueis, por Dios,
á que os arranque á los dos
vuestro secreto á estocadas.
¿Y herido estais?

Duque. Sí por cierto,
y el agresor veis en mí;
que á no llegar vos aqui,
os le presentára muerto.

Emper. (*Ap.*) De honor será la ocasion.
Despejad. (*Se retiran todos.*)

Duquesa. (*Aparte al salir.*)
¡Temo algun daño!

Emper. (*Aparte.*)
Que solo con sangre el paño
se lava de la opinion.

Duque. Lo mas habeis sospechado;
con mi esposa lo encontré;
negóme el rostro, y á fé
que no le oculta el honrado.

Garcil. Cuidad, señor, que tal vez
pudo mentir la apariencia;
y hay lances que dan licencia
para mostrar timidez.
Con Alarcon departia,
cuando la voz de "su alteza"
nos avisó que á esta pieza
vuestra magestad venia.
Juzgamos fuera de paso,
pues la audiencia os aguardaba;
y yo por si en mal terciaba
me escondí. Quiso el acaso
que los duques estorbaran
mi salida con llegar;
siendo forzoso esperar
á que con vos se alejaran.
Salí entonces y encontré
la duquesa; el duque llega,
y temerosa me ruega
guarde su honor; no acerté.
Que era estraña mi venida

no habiendo por donde entrar,
y daba que sospechar.
Si lo erró fue de entendida.
Me encubro por caballero;
me denuesta, no respondo;
pero mi espada no escondo
mirando blandir su acero.
Dar causa á un duelo, señor,
sin terminar la venganza,
juego parece de holganza
mas bien que hazaña de honor.
Cerramos solo por vos;
él fue feliz, (*Ap.*) no lo ha sido:
quedó vengado... yo herido...
y á vuestras plantas los dos.

(*Se arrodillan; el emperador los levanta.*)

Emper. Templado me habeis en algo:
duque, quedasteis bien puesto;
y vos, á par que modesto,
estais diciendo lo hidalgo.
Jurad vuestra eterna liga
á esta imagen de Santiago.

Garcil. El juramento yo le hago.

Emper. Duque, ¿y vos?

Duque. (*Aparte.*) ¡A esto me obliga...!

Emper. Ya vuestro enojo es en vano.

Garcil. Y por mi fé os lo prometo;
que á quien agravio en secreto,
nunca le tiendo mi mano.
Y cuando franco os la doy
podeis cruzarla sin miedo;
que á mas que nací en Toledo,
soy noble, y soldado soy.

Duque. Tomad la mia. (*Se dan la mano.*)

Emper. Asi os quiero:
pues de medianero os hago,
se lo demande Santiago
á quien lo olvide el primero.

Garcil. (*Al emperador.*)
A vuestras plantas... á vos (*Al duque.*)
el cielo os guarde. (*Toma el retrato.*)

Duque. ¿Qué haceis?

Garcil. Llevar el cuadro.

Duque. Por Dios,
que es otra afrenta; y á dos
es mucho si os atreveis.

Emper. ¿Nuevo disgusto?

Duque. Señor,
el cuadro yo le encargué.

Garcil. Yo le he quitado el valor,
y fuera ofender mi honor
no pagar lo que adeudé.

Duque. No se disputan dineros;
yo por pagado me doy.

Garcil. Entre buenos caballeros
yo debo satisfaceros,
por quien sois, y por quien soy.
Que el veros mas generoso
á mí no me desempeña;
y no quedara vistoso
si el que ha perdido, al ganoso
á ser liberal le enseña.

Duque. No lo espereis, que restado...

Garcil. (*Al emperador.*)
Vuestra decision acepto.
El cuadro yo le he rasgado:
¿al precio estoy condenado?

Emper. Que es tuyo el cuadro decreto.

Duque. Advertid...

Emper. Qué esto conviene:
si vos dejais de adquirir
la culpa el azar la tiene;
y aun de ahí el derecho os viene
de poderos resarcir.
Dineros los despreciais;
justo es que el pintor los cobre:
vos á mucho os obligais,
que si en razon le pagais,
un retrato os hará pobre.
Y es la sentencia mejor,
que la beldad pierda el uno
y el otro pague el valor:
los dos perdeis en rigor;
pero no agravio á ninguno.

Duque. Esa sentencia me infama.
Emper. Las leyes las dicta el rey.
Confiadselo á la fama
si esto injusticia se llama;
mas no deshonra la ley.
Alarcon. (*Entra.*)
Debo advertiros, señor, (*Al emperador.*)
sin duda habeis olvidado
que aguarda el embajador.
Emper. Antes son los del honor,
que los asuntos de Estado.
(*Se va con Alarcon y séquito de caballeros.*)
Duque. No abusareis del decreto,
pues yo no me satisfago;
y aun causa para otro reto...
Garcil. Que en mucho tengo os prometo
lo que he jurado á Santiago.
Duque. (*Viendo que se lleva el cuadro.*)
Bastarda accion, fementida.
Garcil. Callad, ó pardiez que os mato,
que es vuestra lengua atrevida.
Duque. En poco teneis la vida.
Garcil. Pero en mucho su retrato. (*Saliendo.*)



ACTO TERCERO.

Gabinete. Al fondo balcon con celosías, cubierto de elegantes cortinages; á la izquierda, puerta que sirve de entrada: á la derecha otras dos que conducen á las cámaras interiores.

ESCENA PRIMERA.

GARCILASO *entra saltando por el balcon.* HERNANDO *le recibe con una linterna.*

Garcil. ¡Cuánto te debo...!
Hernan. En rigor,
mi hermana os debe la vida,
los dos su honra; agradecida
os paga el alma, señor.
El tiempo no os fia espacio
para que hablarla podais,
pues el duque, no ignorais
que á las dos deja el palacio.
Garcil. Este es su bello aposento;
el aura me lo decia,
que era rico en fantasía,
y todo aroma aqui el viento.
Mas ¿cómo pudiste...
Hernan. Soy
mientras la paz, su llavero,
en las guerras su escudero;
y nada contento estoy.
Garcil. Si pudiera mi aficion
darte mas noble privanza,
te hiciera page de lanza.
Hernan. Acepto tal distincion.
A fuer de leal soldado
al duque voy á dejar,

que fuera si no engañar,
y nunca vende el honrado.
Mas siendo ya vuestro page
bien puedo haceros servicio.

Garcil. Te ratifico el oficio
con diez doblas para un trage.

Hernan. Sé que arriesgo mi cabeza
con revelar este arcano;
pero pongo en vuestra mano
esta esquela de su alteza.
(*Le da un pliego.*)
Que vos salvasteis mi honor
en una hermana querida,
y el arriesgaros mi vida
no es mucho á tanto favor.

Garcil. (*Lee.*) "La vida vale el seccreto:
Esta noche estád alerta,
pues franca quiero la puerta
del duque: cumplid discreto.
Lo manda el César..."

Hernan. Ya veis.

Garcil. Estraña esquela.

Hernan. Sintiera
que el emperador os viera;
meditad bien lo que haceis.
Ahora ¿ persistís en verla?

Garcil. Hernando, parto mañana,
y no es mi intencion liviana
que en esto pueda ofenderla.

Hernan. ¿ Nada sabrá la duquesa?

Garcil. Solo mi afan y mi amor.
Mi libertad en rigor
puede causarla sorpresa.
Mas yo fio en su ternura
perdone de amor un yerro;
que ya es bastante el destierro
de su adorada hermosura.
Sin que á mas quiera impedir
la diga mi á Dios postrero,
por si á mi desdicha muero
al llegárselo á decir.

Hernan. Rumor escucho; sin duda

que aqui se acerca.

Garcil. Cantando

tú avisarás, buen Hernando.

Hernan. Contad, señor, con mi ayuda.

Por si un imprevisto acaso...

¿dejaré la escala?

Garcil. Sí;

que un momento, y por aqui,

no la verán.

(*Se retira Hernando corriendo las cortinas del balcon.*)

ESCENA II.

GARCILASO. LA DUQUESA, *que se detiene asombrada.*

Duq. ¡Garcilaso!

Gar. ¡Leonora...! ¡Vos, Leonora...!

Venga la muerte y la bendigo agora.

Duq. ¿Qué delirio os agita...? ¡Qué imprudencia!

¡Penetrar al palacio, de un esposo

esponerse á las iras...!

Gar. ¡Vos, señora!

¿No os enternece, al menos, mi dolencia?

¿Mi vida os importuna?

Duq. Me interesa.

Pero olvidais, señor...

Gar. ¿Qué?

Duq. (*Con magestad.*) ¡Soy duquesa!

Gar. ¿Y vivo estoy oyendo

palabra tan traidora?

¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!

Dejad que corran por mi mal vertidas;

ellas calman mi pena asoladora,

y hé lástima de ver que van perdidas,

y de vos olvidadas,

cuando otras hay, Leonora,

que menos ciertas fueron remediadas.

¿Burlais asi de un corazon tan puro...!

No fuí, no fuí de piedra

para mirar ligada á ageno muro,

la que debió de ser mi amante yedra.

Duq. ¿Qué os trae, desdichado,

á recordar edades de ventura?
¿Por qué en mi triste soledad quejosa
no me dejais rendida á mi amargura,
de alivio solo una ilusion dichosa?
Me casé por salvaros: yo temblaba
los enojos de un César coronado;
era muger, y débil... os he amado.
Gar. ¡Su amor...!
Duq. ¡Qué dije...!
Gar. ¿A qué me hablais sentida?
¡si riguroso el hado con mi ausencia
quitará la esperanza de mi vida!
¡Y qué, trece años largos
sembrando amores, y cuidados tiernos,
regados con mis ojos,
siempre en crudos inviernos,
y en vez de flores recogiendo abrojos,
y frutos, ni aun amargos:
trece años, sí, de juventud florida,
de esperanzas, de gloria,
han de ser para mí sombra perdida,
y un eterno martirio á mi memoria...!
No, Lérida, mi bien, no, dulce vida;
si necios pareceres
tiranos son de la pasion preciosa
que el cielo inspirador concede al hombre,
huyamos su falsía: vos mi diosa
do quiera habeis de ser. ¡Qué importa un nombre
perdido para el mundo
profano y envidioso!
¡Qué importa sucumbais para la vida
si despertais para el placer hermoso!
Duq. Al placer, es verdad. ¡Cómo se huyeron
aquellas dulces horas!
Todo presente en mi memoria aun vive,
la vez primera que mis ojos vieron
lágrimas en los vuestros seductoras:
cuando escucharon las querellas tiernas
de un puro amor que en vos me prometia
felicidades por mi bien eternas:
cuando inocente un candoroso velo
ceñia al corazon y le decia:

"ama, el honesto amor hijo es del cielo."
Ellos, sí, me aterraron.
El duque conoceis; juró perderme,
porque mis ojos ¡ay! le desdeñaron.
Poco fuera mi mal para vencerme,
mas se atrevió á aterrarme con mataros,
á vos, todo mi amor y gloria mia;
y en mi enlace pendia
de su rencor injusto libertaros.
No ignoraba ¡infeliz! que me perdia,
mas consentí en perderme por salvaros.

Gar. ¡Leonora! ¡Leonora!

Duq. El desengaño
acaso agobia mi existencia triste:
pero ya soy esposa, me perdiste.

Gar. Todo el valor lo alcanza.
¡No se marchite, ó Dios, tanta esperanza!
Aun adivino un porvenir risueño;
y entre esmaltadas flores
un camino que trazan los amores
á los vuesos amores, dulce dueño.
Las horas agitadas
de tan luengos y míseros pesares
al olvido lanzadas,
rodarán, como ruedan á los mares
las olas dasatadas.
Hasta el recuerdo de afanosos dias
se borrará en la mente,
como en la arena el rasgo que la planta
trazó del pasagero, y de repente
el huracan levanta.
Deleitosas y puras alegrías
os dormirán en sosegado lecho;
blanda esperanza en vuestro tierno pecho
tranquila posará su ala de rosa;
vuestro querer á mi querer rendido
encontrará la dicha suspirada
al fin de ese camino tan risueño,
dulce, apacible, hermosa,
como el beso que madre enamorada
clava en su niño al despertar del sueño.

Duq. Ligada á otra cadena,

pesan sus hierros en el alma mia;
¡que soy esclava sin cesar resuena!
Huid, huid; mi corazon delira
si escucha vuestra voz triste y quejosa;
y cuanto mas tiernísima suspira,
tanto me acusa mas de rigurosa.
Dejadme mi virtud, única herencia
de un alma acongojada:
¡acaso sus divinos resplandores
serán para mi sien últimas flores
de que logre ya verse coronada!
Dejadme mi virtud; su imagen pura
es lo que aun admirais de mi hermosura:
de ella hacer quiero ostentacion gloriosa;
que aunque ya no merezca su ternura,
yo adoro una virtud que me asegura
la estimacion de esa alma generosa.

Her. Asombro los moros dan. (*Canta dentro.*)
Gar. ¿Si vienen...?
Duq. Canto agorero.
Her. Solo es chico Soliman (*Sigue cantando.*)
donde está Carlos primero.
Duq. Partid...
Gar. ¿Sin vos!
Duq. Dispúsolo la suerte.
Gar. Es vano su poder, vedla vencida;
¡en ese amor consistirá mi vida!
Duq. Es imposible.
Gar. ¿Y me dará la muerte...?
¡y el alma lo está oyendo
sin caer en pedazos dividida...!
¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!
Duq. ¡Desventurada...!
Gar. Leonora,
no temais.
Her. Vos, por acá,
(*Saliendo precipitado, y conduciendo á Garcilaso al aposento de la derecha. La duquesa se retira, Hernando quita la luz.*)
que un hombre en la calle está.
Esperemos.
Garcil. Sí, en mal hora.

ESCENA III.

EL DUQUE. HERNANDO. *Despues* LA DUQUESA.

Duque. ¿Las luces?
Hernan. Las he apagado.
(*Saca una bujía encendida.*)
Duque. Con voces por cierto estrañas.
Hernan. El canto de las campañas
divierte en paz al soldado.
Duque. Llama luego á tu señora.
Hernan. Sin duda espera acostada.
Duque. La supongo desvelada...
(*Hernando entra, y vuelve á salir.*)
Hernan. Ya viene aqui. (*Sale la duquesa.*)
Duque. Mi señora,
¿cómo estais?
(*Hace una seña, y Hernando se va.*)
Duquesa. Bien indispuesta.
Si consintieseis querria
descansar.
Duque. Yo sentiria
daros visita molesta;
mas siento que no partais
vuestros dolores conmigo.
Soy vuestro sincero amigo.
Duquesa. Permitid...
Duque. ¿Tan mala estais?
Me holgara libre dejaros,
mas mucho que hablaros tengo,
y ya decidido vengo.
Duquesa. ¡Paciencia! (*Aparte.*)
Duque. Podeis sentaros.
(*Acerca una silla á la duquesa.*)
Duquesa. Vais, el duque, á dispensarme:
mañana... en otra ocasion...
Duque. Estraña es su turbacion. (*Aparte.*)
Duquesa. ¡Hernando...!
Duque. Ya es enojarme.
En hora menguada unidos
y esposos nos vió el altar.
Duquesa. ¿A quién teneis que culpar?
Duque. A mis livianos sentidos.

Bien lo sabeis que ignoré
en todo vuestros amores;
si á alguno disteis favores,
que se ha contado lo sé.
No me curé de entender
si fue su enojo ó empeño
que tuvo en nombraros dueño
cuando os hizo mi muger;
ni nunca alcancé tampoco
si en honra ganaba, ó pierdo;
que fuera eso obrar de cuerdo,
y amaba yo como un loco.
Supe que noble nacisteis,
que heredasteis sangre honrada,
y era condicion forzada
que en sus leyes aprendisteis.
Esto supe, y me bastó
para haber seguridad
de que en casarme, en verdad,
que mi honra no perdió;
y que jamas perderia,
porque con sangre de buenos
todas sus obras, al menos,
las abona la hidalguía.
Con ganar mi fama pura,
y con llegar á alcanzaros,
creí que vuestros reparos
no estorbaran mi ventura;
fiando á mi tierno ardor
y á mis afectos constantes
que vencieran por instantes
de tan raro desamor.
¡Pero cuánto me engañaba...!
¿Qué sirve la posesion?
¡No habiendo alli corazon,
solo una estátua compraba!
El despecho me hizo injusto,
os lo confieso, Leonora;
mas rendirse veis, señora,
á vuestros gustos mi gusto.
Duquesa. Nunca, duque, os engañé;
prometí vivir honesta,

no he faltado á mi protesta;
el alma no os empeñé.

Duque. ¡Ah...! No sé si hay ocasion, (*Reprimiéndose.*)
pero las gentes murmuran,
y nunca heridas se curan
que dañan en la opinion.
Ni es todo cuento en rigor:
decirlo puede un Rosario,
donde sirvió un novenario
de novena á vuestro amor.
Y un retrato lo dirá
que halló galan comprador,
y que mercó nuestro honor,
pues precio le puso ya.
Mas lo que una vez pasó
no pretendo recordaros,
porque agora el acusaros
sería ofenderme yo.
En Bolonia, en fin, se cuenta
de mi nombre, y es por vos;
y si este es ya de los dos,
parte teneis en mi afrenta.
Yo no puedo con mi acero,
ni aun el César, castigarle;
que en esto quiere pagarle
cierto lance caballero.
Y aun el buscar ocasion
de venganza, es declarar
que hay querellas que vengar
y de sospechas razon.
Pero advertido... temblad.

Duquesa. Yo muero.

Duque. ¡Está demudada!

Duquesa. ¡Piedad!

Duque. ¡Quedó desmayada!
Alguna esencia... ¡esperad!
(*Entra en el gabinete.*)

Hernan. Se fue.

(*Saliendo á la escena y dirigiéndose al aposento en que está oculto Garcilaso.*)

Duquesa. Por Dios...
(*A Garcilaso, y se entra en su cámara.*)

Hernan. Salid presto.
Pronto, que á mas se olvidó
vendria el César. ¡Chist!
(*Garcilaso se detiene al ver salir al duque.*)
Garcil. Ya no.
Duque. ¡Leonora! (*Desde dentro.*)
Garcil. Suben.
(*Al oir ruido en el balcon saca la espada y mata la luz con ella, escondiéndose en el gabinete.*)
Duque. ¿Qué es esto?

ESCENA IV.

EL DUQUE. *Despues* EL EMPERADOR.

Duque. Ruido en las verjas escucho:
ya suben... ¿quién podrá ser?
¡Si ella se deja atrever,
el que se atrevan no es mucho!
Emper. (*Entrando por el balcon.*)
Cuidoso queda Alarcon,
que solo asi me atreviera;
mas aunque el César no fuera,
armas tengo y corazon.
La escala da por cumplida
su traicion y mi sospecha.
Duque. ¿Quién es?
Emper. (*Aparte.*) Haré la desecha
antes de juzgar su vida.
Duque. ¿Qué busca aqui el robador
que se halla tan á seguro?
Emper. Que he de matalle le juro: (*Aparte.*)
¿altivo á mas de traidor?
Duque. Esta casa tiene dueño,
el honor es su tesoro;
si habeis codicia de oro,
remediaros es mi empeño.
¿Callais...? sin duda es delito
el que intentais... No me asombra,
que grabándolo en la sombra
borra lo negro lo escrito.

Pero no hay oscuridad
que no penetre el honor,
que son los del avizor
sus ojos en claridad.

Emper. Basta: callad, mal nacido. (*Al duque.*)

Duque. ¡Qué voz...!

Emper. La espada desnuda.

Duque. ¡El César! (*Aparte.*)

Emper. ¡La espada aun muda
y el labio tan atrevido...!

Duque. Perdonad...

Emper. Qué, ¿tu traicion?
¿á qué tantas altiveces?
El habla tan sin dobleces,
y tan doble el corazon.

Duque. Tened, que aunque en vos respeto
el ser de un Dios para mí,
tan mal lo imitais aqui
que no os conozco, os prometo.
Que escalar altos balcones
y confiarse á lo oscuro,
mas que del César os juro
que hazañas son de ladrones.

Emper. ¡Malsin...! la espada... la espada.

Duque. Que no os conozco repito.
A oscuras se ve el delito,
no la persona culpada.
El César no sois, no es cierto;
no escala el César balcones
de sus buenos infanzones;
á quien de honor le ha cubierto,
de infamia no le gravara;
no afrenteis nombre tan puro:
no sois el César, lo juro,
que... el César no me afrentara.

Emper. ¡Cuál mi cólera detiene...! (*Aparte.*)
Bien del valor hizo alarde;
el crimen vuelve cobarde,
bien probó que no le tiene.
(*A él.*) Asi á mis hidalgos quiero.

Duque. Otra vez vuelvo á dudar,
que cuando empezais á honrar

veo al César caballero.
¡Luces! (*Llamando. Wirmant las saca.*)

Emper. Levanta.

Duque. Señor,
puede mancharos mi mano.

Emper. La ley venga.

Duque. Será en vano
contra su mismo hacedor.

Emper. Aun en contra de mi vida
yo mi palabra te obligo.

Duque. Yo la acepto, y por testigo
tendré una escala escondida.
Dispensadme vos si aqui
os faltan mil atenciones.

Emper. Nada: escalar tus balcones
fue por sospechas de tí:
lee esta esquela.
(*Le da un billete, y el duque lee.*)

Duque. ¡Malsines...!
¡tan poco mi honra os promete
que os la hizo falsa un billete...!

Emper. Conviene á los altos fines
de un rey, sin darles creencia,
vigilar cuidoso en todo.

Duque. ¿Pero esta escala es el modo
de volver por mi conciencia?

Emper. Efecto fue del azar;
colgada estaba, y á fé
que mucho mas sospeché,
aunque no llegué á dudar.

(*Se oye ruido en el balcon: el duque se adelanta echando mano á la espada.*)

Duque. Hola, ¿recelos de nuevo?
Volveré por mi opinion.
Su muerte...
(*Alarcon sube por la escala.*)

Emper. ¿Cómo, Alarcon!

Alarcon. Perdonadme si me atrevo: (*Aparte.*)
tanto esperar, y sabiendo
que de traicion se temia...

(*Al duq.*) Vos dispensad: me tenia (*Al César aparte.*)
este recelo muriendo.

Emper. (*A Alarcon aparte.*)
Bien, mi Alarcon, por lo fiel;
te perdonaré la duda
de que necesite ayuda
el César, si no es á él.
Lo que os dije confirmo: (*Al duque.*)
de vos estoy satisfecho.

Duque. Pero nunca de mi pecho
podreis ya fiaros, no.
¡Sospechásteis...! pensamiento
que fuera, ya bastaria
para afrentar la honra mia;
¡que no afrentará el intento...!
Corred mi casa, ¡oh bajeza! (*Aparte.*)
que vengan mis servidores,
mirad, señor, si hay traidores,
soldados son de tu alteza.

Emper. Buen caballero...: me admira. (*Aparte.*)
(*A él.*) Nunca he dudado, no dudo:
tu pecho tiene un escudo
que desmiente la mentira.
Prometo que no es mas pura
la luz radiante del sol
que tu honor, bravo español.

Duque. ¡Gran César! ¡tanta ventura!
¿olvidais mis demasías?

Emper. Mi corazon te ganaron.

Duque. Contra vos...

Emper. Ya se olvidaron,
ni fue á mí á quien las decias.
Te quito el tiempo al reposo.

Duque. Y al placer de estar con vos.
El cielo os reserve.

Emper. Á Dios.

Duque. En serviros soy dichoso.

Emper. Tan cortesano pagais.

Duque. ¡Hernando! (*Llamando.*)

Emper. Nada, el secreto:
solo el silencio es discreto.

Duque. Pasad. (*A Alarcon.*)

Alarcon. No; vos.

Duque. Me obligais.

ESCENA V.

EL DUQUE, *solo. Despues* HERNANDO.

Duque. Antes que el César entrara
la oscuridad advertí;
luego es verdad ¡ay de mí!
que otro fue quien la apagara.
Que está oculto es cosa clara;
tomaré satisfaccion
aqui mismo: no es razon,
que en el suelo de un honrado,
si es la sangre de un malvado,
podrá dejar un borron.
Sacarlo intento de aqui
y solo á solo matarle:
¿qué haré si llego á encontrarle
rival indigno de mí?
(Llama.) ¡Wirmant...! No, no ofendo asi
(Sale Wirmant.)
de mi honor las lealtades. *(Aparte.)*
Wirmant. *(Le habla en secreto.)*
Junto á la escala puntuales
pronto estarán. *(Se va.)*
Duque. Con mi acero
lidiará, si es caballero;
si es ladron, con sus puñales.
Voy á buscarle. ¡Ella viene...!
¡que tal ocasion me impida!
(Salen la duquesa é Isabel.)
Duquesa. Aunque el ver yo su salida *(A Isabel ap.)*
asegurada me tiene,
averiguar me conviene
qué ha sido el rumor que oí.
Isabel. *(Aparte á la duquesa.)*
Señora, el duque está aqui.
Duquesa. ¿Con qué ocasion...
Duque. Leonora,
¿aun desvelada? Ya es hora
de descansar: ¿cómo asi?
Duquesa. Rumores pensé escuchar.
Duque. Sueños los direis mejor.

Duquesa. Y aun voces.
Duque. Vano temor:
podeis sosegada estar.
¿Quién osado ha de turbar
la casa de un hombre honrado?
Si os merece lo soldado
os haré la centinela,
que es peligrosa la vela
en vuestro débil estado.
Duquesa. Si me acompaña, consigo (*Aparte.*)
dejarle franca salida
si aun no salió. Por su vida... (*A Isabel.*)
Isabel. A todo por vos me obligo. (*Aparte.*)
Duque. ¿No venís...? Qué mal mitigo (*Aparte.*)
mi cólera.
Duquesa. ¿Vos tambien...?
Duque. El serviros me está bien.
Encerrarla es mi esperanza, (*Aparte.*)
y asegurar mi venganza:
amor, sus pasos deten.

ESCENA VI.

ISABEL. GARCILASO. *Despues* EL DUQUE.

Isabel. Un embozado... él será:
(*Aparte, dirigiéndose al gabinete donde está Garcilaso.*)
segun eso no partió.
Chist... caballero... soy yo.
Partid pronto.
Garcil. ¿Dónde está! (*Saliendo.*)
Isabel. Partid.
Garcil. ¡Y sin verla ya!
¡sin un á Dios!
Isabel. Es forzoso:
alli está el duque, su esposo.
(*Señalando adentro.*)
Garcil. ¡Sin un á Dios! ¡el postrero...!
Isabel. Bajad.
(*Garcilaso empieza á bajar por la escala.*)
Garcil. Decidla que muero

de agenas dichas zeloso.

Duque. Es tarde... él huye... ¡infelice!

(*Al salir, viendo que Garcilaso se escapa.*)

Isabel. ¡Piedad!

(*Le detiene arrodillándose á sus plantas.*)

Duque. ¡Infame!

Isabel. ¡Señor!

Duque. ¡Dar tamaño deshonor
por tanto honor como te hice...!
Suelta: mi voz te maldice.

(*Se desembaraza de ella, y se asoma á la celosía.*)

Luchando con cinco está:
solo á un lado... aquel será.
Bien lo acosan sus espadas...
en tierra cayó á estocadas...

(*Se oye un quejido.*)

¡Un ay...! vengado estoy ya.



ACTO CUARTO.

Habitacion sencilla; varios poetas sentados al rededor de una mesa donde hay botellas y copas. Figura la posada de Garcilaso; sus armas estan por las sillas, y su laud en otra mesa donde hay papeles y libros. Puertas laterales, ventanas al fondo.

ESCENA PRIMERA.

MENDOZA. CASTILLEJO. DON FERNANDO *y* OTROS.

Mendoza. No brilla en el tosco inglés
la elegante poesía.
Castill. No lo entiendo.
Fern. Pero ya es
bien armoniosa en francés
y de mucha valentía.
Castill. Dicho es del emperador
(y es bien cierto) que ó es sola,
ó es al menos la mejor
para hablar con el Señor,
la rica lengua española.
Lo que prueba su belleza,
su pura y franca espresion,
su natural entereza,
y su escogida nobleza
para tan alta cancion.
Fern. En fin, lo bello es cantar.
Mendoza. Y poco importa en qué idioma:
yo tengo oido encomiar
como cosa singular
el alcorán de Mahoma.
Fern. Dejad lenguas orientales
y aquel moruno alcorán,

y cantores provenzales;
que lenguas hay celestiales
aunque con Dios no hablarán.
De rima facil, graciosa;
de dulcísima armonía;
de noble gala ostentosa,
de suave diccion hermosa,
de elegante poesía,
Italia, Italia la amena
es la primera.

Mendoza. Tal vez:
brindo á Italia.

Todos. En hora buena.
(*Brindan.*)

Castill. Por vida de Juan de Mena...

Mendoza. Famoso brindis, pardiez.

Fern. Bien merece una botella.

Castill. Al menos mas español.

Mendoza. Por no errarlo á la mas bella.

Castill. Poca luz vierte una estrella
junto al incendio de un sol.
No basta un Petrarca, un Dante,
aunque ingenios inmortales,
para oponerse delante:
se necesita un Atlante
para mundos colosales.
Y es mundo la poesía,
que á su sosten, solo creo
que España talentos cria:
su lengua apenas nacia,
y ya asombraba en Berceo.

Mendoza. Pues á España.

Fern. De laurel
ciñamos su sien bendita.

Castill. Un infante don Manuel
bien podrá ornarse con él,
ó un arcipreste de Hita.
Juan de Encina, Juan de Mena
la hicieron ya soberana;
y nos la han dado por buena
un Henrique de Villena,
y un marqués de Santillana.

Todos. Bravos nombres.
Mendoza. Cada uno
merece un lauro.
Fern. Y un vaso.
Gastill. ¿A qué la historia importuno?
¿Hay en Italia ninguno
como el noble Galcilaso?
¿Hay tan poética lira?
En su mas lánguido idilio,
es un Dante si delira,
un Tíbulo si suspira,
y en lo sublime un Virgilio.
Como él sí, serán bastantes
para sostener sus nombres
un mundo, y bien arrogantes,
decir, "venimos gigantes
puesto que no ba..n hombres."
Galcerán. Entusiasmo le teneis.
Castill. ¿Quién no le tiene?
Todos. Seguro.
Castill. Que es merecido sabeis.
Mendoza. Pero hay otros, y ya veis
que se mancha el labio impuro
en querellos denigrar.
Castill. Los talentos, poco sienten
que se los quiera eclipsar;
pues para decir que mienten
el cielo les dió el cantar.
(*Da un reló las seis.*)
En san Petronio las seis.
Mendoza. Falta nos hizo.
Castill. En su honor,
como dispuesto lo habeis,
esta noche, si quereis,
hablaré al emperador.
Fern. Firmamos de buena gana.
Castill. Por padre se ha de aclamar
de la lengua castellana.
Mendoza. Las tropas parten mañana.
Castill. Antes se ha de coronar.
Todos. ¡Coronacion...! obrad vos.
Castill. ¿Suscribís?

Galcerán. Con nuestros nombres. (*Firman.*)
Mendoza. Con la del César son dos.
Castill. Esa hizo un rey de los hombres.
Mendoza. ¿Y qué ha de hacer esta?
Castill. Un Dios.
(*Se oye ruido de caballos.*)
Fern. ¿Si vendrá ya el de la Vega?
que han parado unos corceles.
Mendoza. El César mismo es quien llega,
y ya está aqui.
Fern. No se niega
á ver sus vasallos fieles
nuestro grande emperador.

ESCENA II.

DICHOS. EL EMPERADOR. ALARCON.

Castill. Salgamos á su recibo.
Emper. Caballeros... (*Saludando.*)
Castill. ¡Tanto honor...!
Emper. Es el anuncio mejor
que Garcilaso está vivo,
vuestra franca libertad
y alegría.
Alarcon. Descansad. (*Se sienta el César.*)
Castill. Pues no le hemos visto en hoy,
ni aun casi ayer.
Emper. Por quien soy
que es rara casualidad.
¿Y aqui no durmió?
Castill. Tampoco.
Alarcon. Dolencias no podrán ser;
ó al menos le aquejan poco.
Emper. Su ausencia me vuelve loco.
Alarcon. Mas no hay razon de temer.
Emper. Al duque dejé encargado
se informara de su estado;
mas tanta aficion le tengo
que á verle yo mismo vengo,
por dar paz á mi cuidado.
Castill. Grande honra.

Galcerán. Tal distincion
le ha de pesar no gozalla.

Emper. Darás orden, Alarcon,
le avisen sin dilacion
en cualquier punto en que se halla.
Ya que á tan fina amistad
nos rehusa su presencia,
sabrá hacer mi magestad
que sino por voluntad
nos vea por obediencia.
¿Mas cómo asi, caballeros,
tanto festejo y brindar?
Si amigos sois verdaderos,
el gozo que ha de caberos,
su ausencia os ha de quitar.

Castill. (*Aparte á los otros poetas.*)
Él vive en nuestra memoria,
y aun por él es la funcion.

Mendoza. (*Aparte á Alarcon.*)
A fé que es bella ocasion.

Castill. Si en su aumento y en su gloria
interesais, Alarcon,
por vuestra mano entregad
esta súplica.

Alarcon. Contento.
Para vuestra magestad. (*Se la da.*)
Si es justicia, os acordad
que os pongo mi valimiento.

Emper. Por tan buenos caballeros
y con tan gran valedor...
antes debo complaceros:
yo lo otorgo: ahora el leeros
es por saber el favor.

Castill. Falta en estremo nos hace.

Emper. Es buen modo de afrentarle,
vuestra peticion me place;
cuando él nos olvida honrarle,
un noble asi satisface.
Si ahora estuviera aqui,
en su posada sería
la coronacion.

Mendoza. Sí, sí:

bien puede ser; vedle allí.

Garcil. (*Sale.*) Confuso estoy.

Emper. Mi alegría
te perdona el sentimiento
que tuvo el alma angustiada.

Garcil. ¡Señor, tal merecimiento!
¡Honrando asi mi posada...!
Amigos, tanto contento...

Emper. Y vos pagais su amistad
esquivando sus deseos.
Y aun ayer mismo, en verdad,
pudo mas la ociosidad
que la prez de mis torneos.
¡Correr bohordos y cañas,
y escaramuzas estrañas,
y su mejor justador
dando de mano al valor
sin curarse ya de hazañas!
Tu confusion me alboroza.

Garcil. Un empeño lo estorbó.

Alarcon. En lo que el color reboza
bien muestra la sangre moza
que su esfuerzo lo sintió.

Emper. Hay de vos una querella.

Garcil. Ignoro á fé la ocasion.

Emper. ¿Tratais de satisfacella?

Garcil. Sí.

Emper. Pues os doy permision,
bien podeis valeros de ella.

Castill. Aplauso honroso recibas.

Emper. Bajad, y en esos vergeles
algunas ramas de olivas
tomad y algunos laureles.

Todos. Los siglos del fénix vivas.
(*Se retiran los poetas.*)

Garcil. Me direis...

Emper. De buena gana;
por padre os van á elegir
de la lengua castellana.

Garcil. No puedo yo consentir,
que tal honra se profana.

Emper. De mediodia á occidente

un nombre en vos se respeta,
un poder inteligente,
y un inspirado poeta,
y á fé que un mundo no miente.

Garcil. A demasía me cabe...

Alarcon. Lo mereceis por modesto,
que si se humilla el que sabe,
justo es que el mundo le alabe
para encumbrarlo á su puerto.

(*Salen los poetas.*)

Castill. Aqui la corona está
de laureles y de oliva.

Alarcon. Mi mano la adornará.

(*Pone algunos ramos en la corona.*)

Emper. Y de la mia será
de quien su sien la reciba. (*Se levanta.*)
¿Qué trono será bastante...?

Alarcon. El que hicísteis vos, señor;
que si sostuvo un Atlante,
le sobra gloria bastante
para honrar á un trovador.

Garcil. (*Aparte á Castillejo.*)
Vuestra sien la merecia.

Los poet. Señor, dadnos esa gloria.

Alarcon. Tal hecho escriba la historia.

Castill. No arroja sombra en la mia
el laurel de tu victoria.

Emper. Solo cuando se engrandecen
el genio y el genio lidia;
que aquellos que se envilecen
á ser genio nunca crecen
porque les seca su envidia.

Garcil. ¡Hoy renace el pensamiento
tantos aplausos por mí!

Alarcon. Es justo merecimiento.

Emper. Ni es todo el triunfo por tí,
que en tí se premia el talento.

(*Garcilaso se arrodilla, el emperador le corona.*)

Todos. Viva Garcilaso... viva.

(*Suena una marcha guerrera.*)

Emper. Marcial música, festiva
celebra la aclamacion.

Garcil. Parad, parad, ambicion. (*Aparte.*)
(*Asomándose á las celosias.*)
Alarcon. Admirable perspectiva.
Garcil. ¡Y por vos ser coronado...!
Emper. Quien ya ciñó tal diadema
la fortuna ha esclarecido,
la rueda al tiempo ha parado,
y sus injurias no tema.
Garcil. Abrazadme, amigos.
Todos. Sí.
Alarcon. Las tropas del duque son.
Garcil. No lo malogreis por mí:
salid, señor, al balcon. (*Se asoman.*)
Emper. Irán á avanzarse.
Alarcon. Alli
los leones no vencidos...
encarnadas banderolas...
Emper. Fascinan vista y sentidos;
los tercios son bien lucidos
de las tropas españolas.
Garcil. Los vasos y los hachones
causan hechizo y primor;
pues se ven sus infanzones,
dan á las sombras color,
y aparato á sus pendones.
Emper. ¿Y aquellas que marchan tardas?
Alarcon. Son compañías gallardas
de tudescos tiradores;
y van seis de las mejores
de flamencas alabardas;
italianos mosqueteros
cierran ya con dos piquetes.
Garcil. Van tres de partesaneros.
Alarcon. El resto son caballeros,
y castellanos ginetes.
Garcil. La música y los fulgores
de las hachas...
Emper. Bravos van.
Alarcon. ¡Tantas plumas y colores...!
Hechizos al alma dan
tan fuertes conquistadores.
Emper. Solo con esos caballos

el mundo cuento por mio.

Alarcon. Vos teneis buenos vasallos,
porque vos sabeis honrallos.

Emper. Siempre al talento y al brio.
Que bravos me ganan tierra
con su poder á lanzadas
y con su sangre en la guerra;
pero la razon se aterra
al brillar de las espadas;
y entonces solo el saber
desarrolla su creencia,
y mios los hace ser:
esclavos me da el poder,
pero vasallos la ciencia.
Señores, hablar de Estado
recuerda á un rey mil deberes:
el tiempo, es gage prestado.
A Dios.

Alarcon. Tal me habeis honrado...

Emper. Yo gocé en vuestros placeres.
A Dios.

Alarcon. Gran parte me llevo
en vuestra gloria.

Garcil. Bien sé
cuánto os merezco.

Todos. De nuevo
mi amistad...

Garcil. Sí: mucho os debo.

(*A Cust.*) A Dios: pagado quedé. (*Abrazándose.*)

ESCENA III.

GARCILASO. HERNANDO.

Garcil. ¡Hernando! (*Llamando.*)

Hernan. Señor, ¿llamais?

Garcil. Ese birrete sin plumas,
la espada de gavilanes.

Hernan. ¿Volveis de ronda?

Garcil. Sin duda.

Hernan. ¿Olvidásteis...?

Garcil. Que te debo
la vida: olvidarlo, ¡nunca!

Hernan. Aun asi evitar no pude...
que del tudesco la furia
os hiriese.
Garcil. ¿Y cómo fue
la ocasion de vuestra lucha?
Hernan. El duque puso á su cargo
rondar las ventanas suyas,
prendiendo un escalador
cuando intentara su fuga.
Yo sabia érades vos...
y decidí vuestra ayuda.
Wirmant me eligió con otros
para daros muerte injusta;
sonsaqué á mis camaradas,
les ofrecí largas sumas,
y fiando en vuestro nombre
por si el peligro se escusa,
vuestro valor y largueza
les recordé. Su ternura
me convenció que eran nobles;
que su acero no deslustran
hijos del suelo español,
en que la traicion no se usa.
Me prometieron salvaros:
solo de Wirmant la furia
al bajar vos, os hirió
con villana mano astuta,
sin que evitarlo pudiese
nuestra diligencia suma;
y mientras desvanecido
quedásteis, pagó en la lucha
con dos heridas su infamia,
y aun debió á la noche oscura
librar con vida.
Garcil. ¡Ah! vuelo
á sosegar las angustiás
de su corazon.
Hernan. ¡Señor!
Garcil. Si Magdalena pregunta...
Hernan. Aqui viene.
Garcil. ¡Pobre niña!
¡Cuál me aflige su ternura!

ESCENA IV.

GARCILASO. MAGDALENA.

Magdal. Él es, él es: el deseo
no me ilusiona.
Garcil. Yo soy.
Magdal. Con gusto mis penas doy
por el placer con que os veo.
¡Si tanto temor causais
á los que os quieren tan bien...!
Garcil. ¡Tan pálida vuestra sien!
¡Magdalena, mala estais!
Magdal. Hace un momento sin vida,
pues la esperanza perdí;
pero ahora no siento en mí
sino el alma condolida.
Garcil. Ya es antigua su dolencia.
Magdal. No me cansa el padecer...
hay males que dan placer,
como nos sobre paciencia.
La pasion que vive aqui
os la ha ocultado mi trato;
aun la encubre mi recato,
pero otros hablan por mí.
Del corazon los latidos,
los trémulos labios rojos,
los tímidos muertos ojos
de eterna esperanza henchidos.
Debieran callar secretos
en el alma sepultados:
sentidos enamorados,
no son amigos discretos.
Y este amor... ¡ah! perdonadme
recuerde necios empeños:
palabras hay, que hasta en sueños
los labios quieren quemarme.
Garcil. Un protector, un amigo
sincero... tierno...
Magdal. Es verdad.
Vuestra generosidad,
ya que no amor, la bendigo.
Huérfana soy, desvalida;

ni un amigo, ni un sostén,
ni una esperanza de bien
que diera aliento á mi vida;
fuísteis vos mi valimiento,
y solo en el mundo vos:
¿á quién acogerme?

Garcil. A Dios.

Magdal. Es verdad, solo á un convento.
Mas no, que alma que delira,
viendo un Dios y amando á un hombre,
ofende mas bien su nombre,
y su oracion es mentira.
Buscar esposo, á gran precio
fuera buscar protegerse;
que no amando, era venderse
por el sustento al desprecio.
Necesidad fue seguiros:
si carga tan grande os pesa,
no ha de faltarme una huesa
ni una voz á bendeciros.

Garcil. Nunca dejereis mi lado:
si hablan ociosos de vos,
nuestras almas juzga Dios.
Noble sois, y soy soldado.
Acaba ¡oh Dios! sus congojas: (*Aparte.*)
¡sufrir y vivir...!

Magdal. ¡Paciencia!
Del arbol de la existencia,
son las lágrimas las hojas.

Garcil. ¡Hola, Hernando! (*Llamando.*)

Hernan. Pronto estoy.

Garcil. Vamos. Luego, Magdalena,
he de volver. (*Vanse.*)

Magdal. A mi pena
libertad y al llanto doy.

ESCENA V.

MAGDALENA. LA DUQUESA. ISABEL. *Despues* EL DUQUE.

Magdal. (*Leyendo en un libro.*)
"Es vida perdida
vivir sin amar."

(*Recitando.*)
Renueva mi herida
tan dulce cantar.
(*Vuelve á leer.*)
"Y mas es que vida
saberla emplear."
(*Soltando el libro.*)
Y mas es que muerte
nacer á llorar.
Todo se une contra mí.
El docto Juan de la Encina
¡qué bien mi pecho adivina!
(*Salen la duquesa é Isabel, tapadas.*)
Hola; dos damas aqui.

Duquesa. (*Aparte á Isabel.*)
Usa bien del fingimiento,
Isabel, que no nos vea.

Isabel. ¿Nos conocerá?

Magdal. (*Aparte.*) ¡Qué idea...!
¡Mas tener atrevimiento...!

Isabel. ¿No vive aqui Garcilaso?

Magdal. Señoras, sí.

Isabel. Le direis...

Magdal. Antes sentaros podreis.

Isabel. Escusad, vamos de paso.

Magdal. Siento que en casa no esté
por no poder complaceros.
Si gustarais deteneros...

Isabel. No es posible, para qué.

Duquesa. (*Aparte.*)
Ved si somos desdichadas.

Isabel. Bien os previne el billete.

Duquesa. ¡Mi honor!

Isabel. No se compromete;
no es carta de amor.

Magdal. Turbadas
estan.

Isabel. ¿Lo cierro?

Duquesa. Sí, bien.
(*Isabel se acerca á la luz y lo cierra.*)

Duque. (*Desde dentro.*)
Quiero dejarle un recado.

Duquesa. ¡Qué voz! ¡al alma ha llegado!
Isabel. ¡Señora!
(*Entra el duque.*)
Duquesa. ¡Cielos, él!
Magdal. ¡Quién!
Duque. (*Entrando y dirigiéndose á Magdalena.*)
Decid, Tello, al de la Vega...
(*A las damas.*)
Perdonad.
Magdal. Lo estais, señor.
Duque. Me manda el César... (*Aparte.*) ¡Honor!
¿Si acaso el alma se ciega?
Duquesa. Vamos... Ah, Tello, fingid.
(*A Magdalena en voz baja.*)
Duque. (*Aparte.*)
No me engaño.
Magdal. (*Al duque.*) Escusareis
que un momento...
Duque. Bien podeis.
Magdal. Doña Constanza, venid.
(*Vase con las damas; á Isabel se la cae el billete.*)
Duque. ¡Un papel! ¡Su confusion!
Y aun está reciente el sello.
Facil lo abrí sin rompello.
Le cita... ¿Con qué ocasion...
(*Lee.*) "Y de Celio en la posada..."
Un traidor que despedí.
La hora despues pone aqui:
y no lo firma... ¡menguada...!
La cerraré... pues si advierte...
que su intencion fue sabida,
puede salvarle la vida,
y asi... la cuesta la muerte.
(*La pone donde estaba.*)
Finjamos. (*Viendo llegar á Magdalena.*)
Magdal. (*Sale.*) No la encontré
en toda la calle. Alli... (*Viendo el papel.*)
¡Albricias! Aun está aqui...
(*Reparando en el duque.*)
De bronce será mi pie.
(*Observando que no la repara el duque, coge la esquela.*)
¡Cielos, no se me perdió!

Soy feliz, está cerrada;
no ha advertido nada, nada.
Bueno.
(*Hace algun ruido. El duque se vuelve.*)

Duque. ¡Tello...!

Magdal. Señor, ¿qué...
¿Si estais de esperar cansado...?

Duque. Holgué la vista y sentidos
con objetos tan lucidos.

Magdal. ¿Algo me dejais mandado?

Duque. Al de Laso una memoria;
que al César le ha merecido;
mas un deber me ha impedido
noticiarle antes tal gloria.

Magdal. ¿Gustais de esperarle?

Duque. (*Marchándose.*) No.

Magdal. Le diré vuestra venida.

Duque. (*A Magdalena.*)
El cielo guarde su vida.
(*Aparte.*) Para que la corte yo.
(*Se va el duque.*)

Magdal. (*Mirando el billete.*)
¡De mi rival...! La abriré:
iré á su cita de amor;
sabrá que me ama el traidor:
¡el traidor...! ah... ¡mentiré!
Entregársela... es matarme.
¿No es suya mi vida, cielos?
Venganza piden mis zelos.
¡Amor, venid á inspirarme!



ACTO QUINTO.

Salon suntuoso: galería al fondo, y dos puertas laterales. Mesa á la derecha y un sillon con las armas pontificias.

ESCENA PRIMERA.

EL EMPERADOR y ALARCON *entran por la puerta del fondo, quitándose las mascarillas.*

Emper. Suntuoso baile.
Alarcon. Estremado.
Emper. Basta de fiestas y holganza:
sin eso, el tiempo no alcanza
á los negocios de Estado.
Alarcon. ¿Y pasais la noche en vela?
Emper. Asi lo exige el deber.
Un buen monarca, ha de ser
de sus pueblos centinela.
(*Se sienta á despachar.*)
Si tu sueño embarazoso...
Alarcon. Ya se me fue de vergüenza
de ver que un César lo venza,
y Alarcon ame el reposo.
Emper. ¿Otra vez tal pretension?
(*Reconociendo varios papeles.*)
¿Adónde su orgullo llega?
¿Está loco el de la Vega,
ó es la loca su ambicion?
Jamas daré otorgamiento
para este enlace á su primo;
que á la de la Cueva estimo
en mas alto valimiento.
Y haré un ejemplar castigo

Con su destierro. (*Firma.*)

Alarcon. ¿Qué haceis?
Esta vez, perdonareis...

Emper. Con la firma, ya me obligo.

Alarcon. En mal paró su querella. (*Aparte.*)
¿No advertís...?

Emper. ¡Tanta altiveza!
¡Ponderar tanta nobleza!
¿Y por quién brilla con ella?
¡Santiago! asi me irritó...
Que aprenda otro hidalgo necio
que puedo con un desprecio
hundir su soberbia yo.
¿Y la embajada secreta?

Alarcon. Yo mismo se la entregué.
Vuestra firma le enseñé,
y el de Laso las respeta.

Emper. Pues ya se tarda en volver.
¿A qué hora fuiste?

Alarcon. A las nueve.

Emper. (*Sigue leyendo.*)
El papa otra vez se atreve
á quererme convencer
que despache estos informes,
y recurra de Leon
á la santa excomunion,
y á la gran Dieta de Vormes.

Alarcon. ¡Comprometerse á una lucha
de fanatismo...!

Emper. Es verdad:
no ofende á su Santidad
quien á su razon escucha.
Mas esta paz, en rigor,
la llama ya algun villano
obra de un rey cortesano,
y no de un batallador.

Alarcon. Mas para este vencimiento
la lenitud es mejor,
que antes que al cuerpo, señor,
se obliga al entendimiento.
Religion muy combatida
jamas vereis que sucumba;

abrís á un martir la tumba,
y ciento allí cobran vida.

Emper. Pero no será cruel
quien castiga justiciero;
delito fue el de Lutero.

Alarcon. Y bien, que lo pague él.

Emper. Diez mil secuaces le aclaman,
y sus hierros le defienden.

Alarcon. Defienden lo que no entienden;
por eso mismo te infaman.

Emper. ¿Tal mengua habré de sufrir
sin que mi espada se vibre?

Alarcon. La voluntad nace libre,
y libre debe morir;
no alcance el poder al gusto.

Emper. Mas no tendrán voluntad
si mueren.

Alarcon. La crueldad
nunca hace bueno lo injusto.

Emper. Cien banderas, en verdad,
y cincuenta mil guerreros
bastarán.

Alarcon. Cien misioneros
que prediquen caridad.

Emper. Basta, que no se suspenda
el concilio que he dispuesto
para Aousbourg.

Alarcon. Será funesto,
aun cuando á Clemente ofenda.

Emper. Ya firmé: Carlos primero.

(*Escribiendo: llama y sale un page, á quien entrega los despachos.*)

Y que partan ganando horas
nuestras postas corredoras.

Alarcon. Ya triunfásteis de Lutero.

Emper. A los perros de Mahoma,
menos odio que á un herege.

Alarcon. Y aun asi se nos motege
como al asalto de Roma.

Emper. Si al papa entonces prendí,
á las armas debo el lance;
y aun la gloria de aquel trance

por sus ducados la dí.
Pródigo soy en verdad:
tú fuiste su guardador.

Alarcon. Aun me huelgo en tanto honor.
Emper. Gran preso; su Santidad.
Alarcon. Nadie mas grande que vos
entonces le considero,
cuando el renombre primero
se disputaba entre dos,
entre el noble héroe francés
y el emperador de España:
dos mundos eran campaña
para juzgarlos despues.
Emper. ¿Y entonces qué dijo el mundo?
Lisonjas, yo no las quiero.
Alarcon. Que el que venció, fue primero;
y el rey vencido el segundo.
Emper. ¡Ah! ¡venturoso ese dia!
nunca al olvido le dí:
á estas horas recibí
la gran nueva de Pavía.
¿Quién es? (*Oyendo rúido.*)
Un page. ¡El duque!
Emper. ¿Qué intenta?
Page. Me hace advertiros, señor,
que es para asuntos de honor.
Emper. Es forzoso que consienta (*A Alarcon.*)
su venida. Tú examina
esos despachos. El sello.
Alarcon. Ved...
Emper. Que no has de abusar de ello,
pues fuera sellar tu ruina.

ESCENA II

EL EMPERADOR. EL DUQUE.

Emp. ¡El duque!
Duque. El mismo. (*Se arrodilla.*)
Emp. ¿Qué haceis? alzaos.
Sangre en la espada... ¿qué es ello? hablad.
Duque. Si á vos me acojo, no es por valerme

de vuestro trono la inmunidad.
Un hombre he muerto.
Emp. ¿Qué causa?
Duque. Inmensa.
En mengua puso mi ilustre honor.
Emp. ¿Fueron sospechas?
Duque. Fueron verdades.
Emp. ¿Quién os las dijo?
Duque. Las vide yo.
Emp. ¿El campo?
Duque. En casa de un escudero.
Emp. ¿Padrinos?
Duque. Nadie.
Emp. ¿Testigos?
Duque. Dios.
Emp. ¿Y el reto á buenos?
Duque. De solo á solo.
Emp. ¿Armas?
Duque. Espadas entre los dos.
Emp. ¿Qué falta entonces?
Duque. Que mi venganza
antes que de otro, sepais de mí;
que acaso influyan torpes hablillas...
Emp. Jamas el César sentencia asi.
¿Con quién fue el lance?
Duque. Señor, de nuevo
piadoso os pido me oigais en paz.
Emp. ¿Quién fue el contrario?
Duque. Grande y valido.
Emp. ¿Noble?
Duque. El mas noble de calidad:
muy vuestro amigo.
Emp. Decidlo pronto.
Duque. Tened presente...
Emp. Decid.
Duque. Señor...
tened presente que el duelo es justo;
y en desagravio fue de mi honor.
Fue Garcilaso.
Emp. ¡Qué escucho!
Duque. El mismo.
Emp. ¡Su sangre...!

Duque. Es esta: la vi correr.
Era ya afrenta de un pecho hidalgo.
Emp. ¡Soldado invicto!
Duque. Podeis leer.
(*Le da una esquela.*)
Emp. No prueba, oh duque, ningun delito.
Duque. Ella le cita, y él asistió.
Emp. ¿Su intento...?
Duque. Intentos, nunca adivino:
liviana escribe, y él torpe obró.
Emp. No son bastantes...
Duque. Hay otras pruebas.
Emp. ¡Ah! ¡Garcilaso, noble adalid! (*Aparte.*)
Quiero saberlas.
Duque. ¡Señor...!
Emp. Lo mando.
Duque. Hubo una escala...
Emp. Basta. ¡Infeliz! (*Aparte.*)
Duque. Si no merezco por verme honrado...
Emp. ¡Leyes injustas de honor cruel!
¿Qué mas?
Duque. ¡Oh César! aun agraviado
mi nombre vive; volved por él.
(*Le da un pliego.*)
Emp. ¡Cómo! ¡un divorcio!
Duque. Será preciso.
Emp. ¿No basta...
Duque. Nada puede bastar.
Emp. ¿Vais advertido que en su deshonra
parte á vos mismo debe tocar?
¿qué dirá el mundo?
Duque. Que en mas estima
tengo mi nombre que su opinion.
Emp. Mirad...
Duque. Es vana vuestra porfia.
Emp. ¡Hola...! ese pliego dad á Alarcon.
(*A un page que sale.*)
Duque. Ninguna afrenta, pardiez, nos queda;
si la hay, con sangre lavada está.
Emp. ¿Mas dónde, es justo?
Duque. Clausuras tiene.
Emp. ¿Si cuenta el vulgo...

Duque. Bien, mentirá.
Emp. ¿Mas vuestra esposa...
Duque. Cuidad, no es mia.
Emp. ¿Si no consiente...
Duque. Lo hará, lo sé.
Y á vos os dicen rey justiciero,
y entonces...
Emp. Siempre justicia haré.
Rumor estraño... ¿á mí...? si es cierto...
Aqui á esta sala podeis pasar. (*Al duque.*)
Duque. Pensadlo.
Emp. Basta, que estais molesto.
(*Se entra el duque.*)
Sale un escudero.
¡César! (*Le da un pliego.*)
Emp. ¡Qué miro... ¡No hay que dudar!
Que mi mensage queda cumplido
el de la Vega me escribe aqui.
¿Cuándo has llegado? (*Al escudero.*)
Escud. Hace un momento.
Emp. ¿Y Garcilaso quedaba alli,
ó antes acaso partió?
Escud. Lo ignoro.
(*El emperador le hace seña de que se retire.*)
Emp. Ordenes mias trae: en su honor
fuera imposible llegar sin verme.
¿Mas cómo el duque...? ¡confuso estoy!

ESCENA III.

EL EMPERADOR. LA DUQUESA, *al entrar, se descubre y se arroja á sus plantas.*

Emp. ¡Vos...! ¡nuevo empeño! (*Aparte.*)
Duq. Emperador, venganza.
Emp. Venganza es crueldad: soy justiciero,
mas no cruel. (*La hace levantar.*)
Duq. Nacisteis caballero,
y á una muger se infama.
Emp. Sostenedor tendrá su nombre y fama.
Duq. Lérida es mi blason, mi sangre Osorio;
que con honra nací, que viví honrada

bastan por pruebas para hacer notorio.

(*Se oye como un ruido en el gabinete en que entró el duque.*)

¡Ah!

Emp. Proseguid, no es nada.

Duq. Hay quien de mí dudó, y aun se ha vengado.

Emp. ¿Fue la ocasion?

Duq. Que un dia
(yo os juro por mi honor no lo sabia)
cierto galan soldado
escaló hasta mis rejas;
pues como entre sus hierros se estrellaban
las que hasta mí volaban
de su pasion inconsolables quejas,
creyóse enamorado
que duras fuesen ellas,
mas no mi corazon á sus querellas.
Le desdeñé, dí muerte á su esperanza;
bajo mi reja, la luciente aurora
rastros de tangre por do quier colora.
¡A quién culpar tan bárbara venganza!
No verle entre los brazos justadores,
saber que á su posada no asistia,
confirmó mis temores.
Entonces, lo confieso,
turbó el pesar á la conciencia el sexo,
y previne un billete
en que una dama hablarle le promete.
Señor, solo queria
convencer á mis ojos que existia,
que en los suyos un punto descansaran,
y que el dolor que el corazon henchia
en llanto de placer lo derramaran.
De desesperacion ahora le vierto.
A la cita asistí: le he hallado muerto.

Emp. ¿A Garcilaso?

Duq. ¡Ah! ¡sí!

Emp. ¿Su rostro visteis?

Duq. No, sus vestidos; pues su noble frente,
la sangre y polvo vil la oscurecia.

Emp. Acaso no sería.

Duq. ¡Oh César, cuándo la desgracia miente!

Martir, su sangre un vengador reclama:
mirad si con justicia se derrama.
Lo oscuro del recinto para el reto,
tanto misterio en la hora,
parage tan recóndito y secreto,
acaso...

Emp. Él la oye. (*Aparte.*)

Duq. De intencion traidora
dan sospechas, y aun prueba averiguada
de cobarde desman.

Duque. (*Saliendo.*) Mentís, señora.

ESCENA IV.

LA DUQUESA. EL EMPERADOR. EL DUQUE.

Emper. ¿Cómo aqui tanta osadía?

Duque. Antes que todo es mi honor.
Ponerle en duda...

Duquesa. Señor,
¿me permitís...

Emper. Sí, á fé mia.

(*Se dirigen al gabinete de la izquierda hablando en secreto.*)

Duquesa. ¿El divorcio? A mi intencion
se adelantó su desvelo.

Emper. ¿Y consentís?

Duquesa. Vuelo, vuelo
á firmar mi salvacion.

Emper. Miradlo bien...

Duquesa. Qué he de ver,
señor, si en mi triste estado
las lágrimas han contado
mis instantes de placer.

(*Entra precipitada en la cámara de Alarcon. El emperador despues de un momento de pausa se acerca al duque.*)

Emper. ¿Quién me responde de vos?

Duque. La cruz que mi pecho esmalta.

Emper. Y cuando esa insignia os falta...
(*Se la arranca.*)

Duque. ¡Oh vergüenza...! ¡vive Dios!

Emper. Dadle gracias que vivís

porque respeto su fama.
¿Asi se ofende á una dama?
¿Asi se suelta un mentís
delante de un caballero?
Si fuerais digno... Mas no,
que hombre que tal toleró...
(Indicando á la cruz.)

Duque. Solo de Carlos primero.

Emper. ¿Quién es Carlos para vos?
¿Veis mas que una vida, un hombre?
¿Al honor, qué hay que le asombre?
Yo una afrenta... ni de Dios.

Duque. Sabeis que es solo respeto,
pues en mis méritos se halla,
cuatro heridas en batalla
y seis victorias en reto.

Emper. Cetros... pompa... magestad,
nada veis... Miradme bien.

Duque. Sin atributos tambien
reverenció la deidad.

Emper. (*Ap.* Conclúyase el lance aqui.
Es desigual competencia,
que él lucha con su conciencia;
por la dama ya volví.)
Basta... Retraido esperad
en esa cámara, en tanto
que el duelo se sabe.

Duque. ¡Oh, cuánto
sufris, honor!

Emper. Aguardad.
¿Asi os vais?

Duque. Pues que os agrada...
Si escité vuestros enojos...

Emper. Me hiere, duque, en los ojos
el brillo de vuestra espada.

Duque. ¡De sospechas me defiende
que concibais en mi mengua!

Emper. Muda es la espada en su lengua,
solo de un modo se entiende.
Dádmela... que es ruin testigo
que os embaraza lo apuesto.

(El duque se la da, y el emperador la rompe y la tira.)

Duque. ¿Qué haceis?
Emper. Dejaros bien puesto:
era ya vuestro enemigo.
Por medio estaba una dama,
se arrebató mi razon;
César, no pide perdon:
mas respeta vuestra fama.
Duque. Afrentado no me voy.
Emper. Tomad. Don Fernando el Santo
me la legó. Valga tanto
que os desagravie.
Duque. Lo estoy.
(*El duque se retira por la derecha; Magdalena aparece entre los guardias, y el emperador hace seña para que la dejen pasar.*)

ESCENA V.

EL EMPERADOR. MAGDALENA.

Magdal. César, señor, despertad.
Emper. ¿Qué es ello?
Magdal. Velad, señor.
Emper. (*Aparte.*) Si está demente en verdad.
Magdal. La muerte está en derredor
aun de vuestra magestad,
pues ya llegó á sus vasallos
y leales servidores.
¿Asi consentís matallos?
¿Sufrireis sin castigallos
en vuestras tropas traidores?
Emper. ¿Qué dices, page?
Magdal. ¡Oh, dolor!
¡Traidores vos...!
Emper. (*Aparte.*) Está loco.
Magdal. ¡Vos que sois el mismo honor...!
Sin duda os tienen en poco,
pues os afrentan, señor.
Pero no, no, mentirán.
Emper. Habla pues; ¿qué ha sido el caso?
Magdal. Me han dicho cierto desman
en que han muerto un capitan,

el ardido Garcilaso.
No es verdad... me han engañado.
Lidiando de buena ley
no hay tan pujante soldado
que en la lid le haya ganado;
¡y va entre todos el rey!

Emper. Rapaz...

Magdal. Asi no murió:
pues, á traicion, no sería:
porque ¿quien le conoció,
si algo en el alma sintió,
no fue amor lo que sentia?
Sus contrarios le admiraban
por sus corteses modales;
los soldados le adoraban;
le estimaban sus rivales.
¿Qué aceros pues le asestaban?
Ah, no es verdad, no es verdad.
¡No ha muerto, no, por piedad!
¡Garcilaso ha de vivir!

Celio. (*Dentro.*)
Quiero hablar su magestad.

Emper. Compasion da su sentir.

ESCENA VI.

DICHOS. CELIO, *que entra precipitado.*

Emper. ¿Hombre, qué buscas?

Celio. Sagrado.

Emper. ¿Qué delito has cometido?

Celio. Yo ninguno; he presenciado
un duelo: un hombre ha quedado
en mi casa, y mal herido.
Vengo á declarar...

Emper. ¿Quién fue
el matador?

Celio. Si propaso...
en confesarlo...

Emper. No á fé.

Celio. El de Lérida.

Emper. Lo sé;

¿y el otro quién?
Celio. Garcilaso.
(*Magdalena, que ha estado oyendo con ansiedad, da un grito y cae desmayada.*)
Magdal. ¡Ah...!
Emper. Sus sentidos perdió:
mas pronto no hiere el rayo
que un nombre su pecho hirió;
por leal le estimo yo,
cuidad bien de su desmayo.
(*Salen algunos pages y la retiran.*)
Emper. ¿Y tú sabias...?
Celio. Yo nada:
que un hombre debió acudir;
que una dama recatada
quiso verle: mi posada
para esto debió servir.
Lo impide un desconocido
que antes de la hora acudió:
me da el nombre convenido,
le abrí... la espada sacó
al verme desprevenido.
Me encierra en un aposento;
á breve rato advertí
que otro entraba: en el momento
ruido de espadas oí,
y la puerta violento.
Tambien cerrados estaban:
con igual brio luchaban
y con iguales aceros;
que eran ambos caballeros
en su ardimiento mostraban.
El uno herido cayó
de una estocada en la tierra,
el vencedor se fugó.
Al hallarme solo yo
y acaso él muerto, me aterra.
Los vestidos conocí;
que eran, señor, del de Laso:
á su posada acudí,
porque le auxilien, y aqui
despues encamino el paso.

Esto es verdad.

Emper. ¿Con que ha sido bueno el duelo?

Celio. A toda ley.
La fortuna ha decidido.

Emper. (*Aparte.*)
¡Leal el duque ha cumplido!
Yo te perdono.

Celio. ¡Gran rey!

Emper. Con la condicion forzada
de que corra por tu cuenta
su familia desolada,
si muere, y le des la renta
de lo que adeude tu espada. (*Se retira Celio.*)
Pondré al duque en libertad. (*Vase.*)

ESCENA VII.

GARCILASO. MAGDALENA.

(*Magdalena atraviesa por la galería sostenida por un page, y Garcilaso poco despues, con botas y espuelas.*)

Page. Vamos, buen page, animad.

Magdal. Mil gracias... me siento bien...

Page. Vuestro dolor reposad.

Magdal. Solo un trastorno en la sien...
Gracias... Alma, despertad.
(*El page se retira.*)
¿Es él? ¿ó es un angel (*Viendo á Garcilaso.*)
que sueña el placer?

Garcil. ¡Magdalena...!

Magdal. ¡Él vive!

Garcil. ¿En palacio?

Magdal. ¡Él es...!
¿No estabais herido?

Garcil. ¿Qué os hizo creer...?

Magdal. Y aun muerto decian.
¡Mintiéronme á fé!
¡Mis ojos, sus ojos
no se hartan de ver!

Garcil. ¿Quién pudo burlarse...?
Magdal. Un page.
Garcil. ¿Quién fue?
Magdal. Su nombre era Celio.
Garcil. Ya empiezo á temer.
Magdal. Llegó á mis ventanas
gritando el cruel:
"Garcilaso muere,
idle á socorrer."
Y dicho, se aleja.
Juzgad cuál quedé
ignorando adónde
puede mi interes
llevarle socorros
al hombre, por quien
perdiendo mi vida
cumpliera un deber.
Acudo á palacio,
me atrevo hasta el rey,
que el que obra cobarde
jamas quiso bien.
Mis lágrimas piden
venganza á sus pies;
que siempre con ellas
venció la muger.
Llegó Celio entonces;
y supe otra vez
pesares, que al alma
privaron su ser.
Volví del desmayo,
de un sueño, diré;
pues dél solo queda
un dulce placer.
(*Salen la duquesa é Isabel por el fondo de la galería.*)
Duquesa. Dios mio... No ha muerto.
Mi cuerpo sosten.
Garcil. ¿Y vió mi cadáver?
Magdal. Lo juró, pardiez.
Garcil. ¿Y el César lo sabe?
¿Quién piensa que fue
la mano homicida?
Magdal. He oido despues

que á un duque culpaban.

Garcil. ¡El duque...! ¡Solo él!
¡Hernando! ¡mi vida
tan mal te pagué!

Magdal. ¿Hernando?

Garcil. Sin duda
el herido es él.
A asuntos de empeño
citáronme ayer;
un pliego importante
del César, despues
me impidió que asistiese;
¡mal haya el deber!

Duquesa. No ha sido un ingrato: (*Aparte.*)
sostenme, Isabel.

Garcil. Escusas previne;
las fié á un papel;
que por mí acudiera
á Hernando encargué.
La muerte ha encontrado
sin duda por fiel.

Magdal. ¿Mas cómo os trocaron?

Garcil. Por mis trages fue;
por hallar entrada
el vestirlos él:

Magdal. ¿Y costó su sangre?

Garcil. ¡Yo la vengaré!

Magdal. Aun puedo perderos,
perderme quereis.

Garcil. ¡Pobre Magdalena!

Duquesa. ¡Su page muger!
¡Desdichas temias
matase un placer!

Magdal. Espuesta me he visto,
que un rato dudé
si daros la esquela;
mas venció el poder.
Mis zelos pedian
venganza cruel:
yo por la que amábais
me sacrifiqué.

Duquesa. Virtud, heroismo,

corazon, ¿qué hareis?
Garcil. El César me aguarda;
los pliegos... despues
volveré. (*Entra en la cámara de Alarcon.*)
Magdal. Guardaos...
¿Si le pierdo á quién
acogerme? ¡Ay triste!
(*La duquesa se acerca sin ser vista, y la abraza.*)
Duquesa. A mis brazos.
Magdal. ¡Qué!
¿vos?
Duquesa. Sí, tu enemiga;
ven, perdóname.
(*Atraviesan varios soldados por el fondo de la galería.*)
Magdal. ¿Escuchais...? respiro.
Duquesa. ¡Cielos! si se ven
nobles y ofendidos,
con rencor...
Magdal. Tened;
se matarán.
Duquesa. Calla,
que matarnos es.
Sé ingenua, ¿le adoras?
Magdal. Con todo mi ser.
Duquesa. ¿Sus riesgos, desgracias,
te harian infiel?
Magdal. Sombra de su cuerpo,
seguiré sus pies. (*Se ve pasar al duque.*)
El duque... si se hallan
acaso lloreis
su muerte.
Duquesa. O quizá...
Magdal. Sí, la de los tres.
¿Si alegar pudierais...
Duquesa. ¿El medio? no sé.
¿Si al duque...? no, honor, (*Aparte.*)
que no me está bien.
Mi esposo aun se llama:
respeto...
Magdal. ¿Y qué hacer?
Duquesa. Terrible remedio. (*Aparte.*)
Su gloria, su prez

robar al de Laso.
Voz dentro. ¡ El César !
Duquesa. Tal vez
maldecida...
Magdal. Nunca.
Duquesa. Valor, lo seré.
Si mi nombre infama,
vuelve tú por él.
Magdal. Lo juro.
Duqusa. Yo le hablo.
Magdal. Oculta estaré.
Duquesa. ¡ Por salvar su vida
su gloria olvidé !

ESCENA VIII.

LA DUQUESA. EL EMPERADOR. CASTILLEJO *y* CABALLEROS.

Emper. A formar pronto saldremos.
¿ Las tropas contentas van ?
Castill. De gozo son sus estremos.
Veinte mil lanzas pondremos
en el confin aleman,
que han de desquiciar su suelo.
Emper. Hereges son, juro al cielo.
Darle cristianos vasallos
si premia nuestro desvelo.
Todos. A morir, ó á conquistallos. (*Se retiran.*)
Emper. Duquesa, vos ya sabreis...
la feliz nueva.
Duquesa. Señor...
Emper. Vive el de Laso, y podeis
ver de nuevo qué quereis.
Duquesa. Venganza para mi honor.
En el divorcio consiento;
persisto en mi casamiento;
pero sabiendo que él vive
mengua mi fama recibe
si no le dais escarmiento.
El vulgo cuenta de mí,
y del nombre de un esposo;
yo no le desmerecí,

quiero dársele glorioso
conforme le recibí.

Emper. Contra el de Laso...

Duquesa. Perdon; (*Aparte.*)
es por salvarte.

Emper. En buen hora.

Duquesa. Él mancilló mi opinion.

Emper. ¡Ah! su indigna peticion...
(*Cogiendo un papel.*)
No soy solo, que ella implora
su castigo.

Duquesa. Hay mas, su amor
publicó en trovas livianas:
él escitó el desamor
del duque; su deshonor
él escribió en mis ventanas.
(*Aparte.*) ¡Perdon! Vengadme. (*Al César.*)

Emper. Lo haré.
Tambien me tiene agraviado.
¿Os basta? (*Dándola el pliego.*)

Duquesa. Y aun sobra á fé.
¡Ah! ¡tu gloria te robé, (*Aparte.*)
pero tu vida he salvado!
(*Se oyen los clarines y timbales.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. ALARCON. GARCILASO. EL DUQUE.

Castill. Razon, duque...

Duque. La tendreis.

Alarcon. De partir es el momento.

Emper. Antes me huelgo llegueis,
que á dos órdenes dareis
pronto y leal cnmplimiento.
¡Duquesa!
(*La duquesa da un pliego al duque y otro á Garcilaso.*)

Garcil. ¡Ella!

Duque. ¡De su mano!

Duquesa. Tarde el alma se arrepiente. (*Aparte.*)

Emper. Leed.

Garcil. Preveo cercano

algun mal.

Duquesa. Recelo en vano,
si mi intencion fue inocente.

Duque. Ya es nulo mi casamiento, (*Leyendo.*)
y libertad queda en vos
para elegir el convento.

Duquesa. En Niza.

Emper. Yo lo consiento.

Garcil. ¡Perdida para los dos! (*Dspues de leer.*)
¡Al Danubio!

Todos. ¡Desterrado!

(*Suenan otra vez los los timbales: aparecen varios capitanes por el fondo.*)

¿Oís? Partamos, caballeros.
De Cristo el pendon sagrado
bese el aleman postrado.
¿Lo jurais...?

Todos. ¡Por los aceros!

(*Cruzan las espadas sobre la del César, y se van todos sucesivamente.*)

Dentro. ¡Viva el César! ¡viva!

Garcil. ¡A Dios!

Duquesa. ¡Ah! ¡con pesar le abandono!

Garcil. ¿No basta un llanto? á los dos...

Alarcon. El mio hablará por vos
corriendo al pie de su trono.

Garcil. ¡Ya sin patria y sin ventura;
y aun será estraña la arena
que me dé su sepultura!
¡Solo, solo en mi amargura!
(*Sale Magdalena.*)

Madal. ¡Aun vivo yo!

Garcil. ¡Magdalena! (*Se abrazan.*)

FIN DEL DRAMA.

E EXPEDICION Ó CARTA DE POR

ITA PARA LA INTERVENCION:

Expedicion número ____________

— calle ______________________ núm. ______ presenta el ______ de ___
egándose (2) ______________ á (3) ______________________
____________ con arreglo á la tarifa (5) ______________________
____________ y el transporte en el vagon série ______________ núm. ___

ion ó á D. Fulano de tal; en este caso, indíquense las señas de su domicilio.—(4
eberán hacerse por la Estacion remitente y consignataria.

(A) CONTENIDO, número y clase de los documentos de Aduana ó otros que se acompañen. 12	(A) PESO en kilógramos. 13	TARIFA aplicada. 14	POR Norte. 15	16

á esta expedicion, las que ha tenido á su disposicion el remitente en esta Estac

8 de Setiembre de 1878 (B), desechó ______________________
itente para que los admitiera, se hace constar á fin de que quede exenta de toda re

nos que estén salvadas por el remitente.

te espacio con una raya.
ndrá la tarifa que pida.
—En caso contrario se pondrá la tarifa que pide, y si esta no es aplicable, se indicará